
921
Var-R
V

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA

27

VIDA Y PENSAMIENTO
DE
FELIX VARELA

III

CUADERNOS DE HISTORIA HABANERA
Dirigidos por
Emilio Roig de Leuchsenring
Historiador de la Ciudad de La Habana
27

VIDA Y PENSAMIENTO DE FELIX VARELA

III

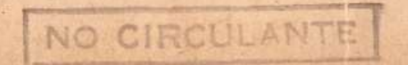
FELIX VARELA Y LA CIENCIA,
por Manuel F. Gran

IDEARIO Y CONDUCTA CÍVICOS DEL PADRE VARELA,
por Manuel Bisbé

LA IDEA TEOLÓGICA EN LA PERSONALIDAD DE FÉLIX VARELA,
por Domingo Villamil



MUNICIPIO DE LA HABANA
Administración del Alcalde
Dr. Raúl G. Menocal
1945



Félix Varela y la Ciencia

por Manuel F. Gran

No está de más, ante todo, decir unas palabras a propósito del título de este trabajo (*), que bien sabido es el frecuente comentario sobre la incongruencia entre rótulo y objeto. A todos nos agrada que el primero cuadre al segundo, porque los defectos de concordancia dan la impresión de descuido y frustran muchas veces las horas de lectura o de audición. Para ponernos a distancia de todo supuesto de engaño vamos a mejorar la concordancia entre título y trabajo llevando el primero a mayor justeza y verdad. Si dejamos el encabezamiento tal como está, la correspondencia sería imposible, a menos que el trabajo se redujese a decir: Varela no era un físico, cosa que todo el mundo piensa, aunque no sería muy difícil encontrarle rasgos de esta ciencia que el discreto maestro no pretendió poseer. De todos modos, para esta cohonestación sería preciso investigar primero lo que se entiende por ser o no ser un físico, lo cual es empresa delicada y de resultados dudosos, y ver después cuáles características del físico concurrían en Varela. Nos parece, pues, lo mejor resignarnos a un cambio, descendiendo a más modestos planos y limitándonos a estudiar la *física de Varela*. Con ello nos ceñimos principalmente al estudio somero de su obra escrita sobre esta materia de que nos han llegado los dos tomos últimos de sus *Lecciones de Filosofía*, y que constituyen la parte más extensa y dilatada de esta obra que, cosa extraña, no ha sido prácticamente comentada por nadie. De este estudio ha de tranminar, como es obvio, la significación de la pedagogía científica del autor que, a nuestro entender, debió haber alcanzado una trascendencia de primer orden.

En torno a Varela se nos han acumulado, gracias a la solicitud de un buen amigo, de un erudito (1) que sabe mucho de otras cosas

(*) Se había anunciado con el título de *Varela, físico.*

(1) El Dr. Francisco González del Valle. También me ha proporcionado algunos trabajos mi distinguido amigo el Dr. Salvador Vilaseca.

y muchísimo de éstas, folletos numerosos, algunos libros, periódicos, notas y como remate las *Lecciones de Filosofía*. Llevamos unos meses con los ocios metidos en esta atmósfera que no es la que a diario respiramos, medio a gusto, medio sobresaltados, y un poco también lamentando las horas que se nos van, de las pocas que tenemos, para nuestro trabajo obligado. Y dije sobresaltado, porque esto de hacer la crítica de un hombre o de un libro no es cosa de poco más o menos. Es, por el contrario, trabajo lento y difícil que sólo debe darse después de mucho escrutar y de más meditar. De una opinión a la ligera resultan los habituales elogios epilépticos, las censuras injustas y acres y los comentarios tibios e incoloros. Esta consideración me hace entrar con temor en la exposición de mi criterio sobre la obra de Varela, siquiera sea en el aspecto restringido que se me ha propuesto. Todo ha sido fácil de leer y de comprender, pero topamos a lo último con los tres volúmenes de las *Lecciones* que creíamos conocer de otra época—diez años distantes—en que los leímos rápidamente. Y estábamos equivocados. Y pensamos que tal vez lo estemos todavía, y este pensar nos amarga metiéndonos sus dudas muy adentro. Horas de lectura, largas horas de excursión por estos tres tomitos densos como pequeños ladrillos, escritos en caracteres minúsculos, con renglones apretados en páginas ennegrecidas, quemadas, carcomidas por el tiempo y el reposo y con grabados fuera del texto que hay que seguir, línea por línea, letra por letra. Estas lecturas que, al margen de otros trabajos, son a ratos goce y a ratos como si se levantase un gran peso con las fuerzas caídas, sintiendo la impresión de que se nos van a deshacer los músculos como disueltos y anonadados.

Según transcurren estas impresiones, el libro anida en un paisaje de ideas en cuyo centro estamos y se nos va transfigurando la emoción hacia la que experimentamos cuando, dueños del paisaje, nos percatamos de todos sus relieves y colores. La obra es nuestra; está dentro de nosotros como comprimida, y a la vez nos rodea ofreciéndose a nuestro pensamiento con la ingenuidad y evidencia de una flor abierta.

De la vida de Varela se ha dicho aquí lo mejor que puede decirse, mucho mejor de lo que podríamos repetirlo ahora; pero es conveniente resumirla en sus horas salientes para establecer algunos

jalones de orden. Nace a fines del siglo XVIII (2) en un ambiente acomodado y moral y como predestinado a encauzarle en su vida, que se inicia, todavía niño (3), nada menos que en una cátedra de Filosofía cuyo atraso se contaba por siglos. Y no sólo en la cátedra; todo el ambiente de pensamiento se hallaba paralizado en el tiempo, girando alrededor de la silogística pura, recortada e inmovilizada por los malos guías de una religión mal entendida y peor aplicada. Con este magnífico panorama vacío, con todo por hacer y con simpatizadores en el mando (4), cambia, como todos sabemos, el aspecto de la exposición filosófica, con una exactitud, precisión y firmeza, que deja maravillados a los que le contemplamos en su justo medio y en la exacta medida de su esfuerzo. Mentalidad abierta y liberal, criterio firme y honrado, sin más pasión que la pasión de la razón, es ecléctico en el sentido más laudatorio, sin la más leve tangencia con el sincretismo arbitrario. Lleva apenas un año en la cátedra (5), cuando aparece su *Elenco* en que se plantean cuestiones de Física, Química, Meteorología, y Astronomía, afirmando en él, con un criterio modernísimo, que *la experiencia y la razón son las únicas fuentes o reglas de los conocimientos en Física.* He aquí una suma del ideal teórico-práctico que domina hace más de un siglo: la experiencia, sí; la razón, sí; pero hay que llevarlas aunadas en una conjunción indisoluble que les da sentido y las hace recíprocamente complementarias.

En este mismo año ven la luz los tres primeros tomos de su obra *Institutiones Philosophiae Eclecticae*, y dos años después (6), el cuarto tomo, en español como el tercero. Todos lamentamos la desaparición de este libro del cual sólo parecen quedar comentarios que se refieren extensamente a los tres primeros tomos y se limitan a dar una idea del contenido del tomo cuarto (7), que es el más interesante para las ciencias. Bachiller y Morales afirma que contenía una exposición de la Aritmética, el Algebra, la Geometría, comprendiendo las secciones cónicas y las funciones trigonométricas, expuestas de una manera superlativamente clara y rematando la obra en una suma de cuanto de Física se sabía en la época.

---

(2) En 1787.
(3) En 1811, a los veintitrés años.
(4) El Obispo Espada.
(5) En 1812.
(6) En 1814.
(7) Bachiller y Morales en *El Estímulo*, t. II, p. 207.

Para darse cuenta de la estructura de esta obra en lo que respecta a Geometría, basta leer la *Física* de José A. Saco, en cuya advertencia preliminar afirma que la lección tercera de su obra comprende unas nociones elementales de Geometría y *ha sido copiada casi literalmente de varios autores*, principalmente de *un corto tratado de geometría escrito por su dignísimo maestro el Sr. Don Félix Varela* (8).

Aunque Saco no dice que este tratado de Geometría correspondiese a las *Instituciones*, es lo más probable que así sea. No puede ocultarse, si se tiene en cuenta que en esta época existían ya admirables tratados de Geometría, al extremo de que la célebre obra de Legendre había visto la primera luz en 1794, que la exposición no es muy sobresaliente en extensión ni en rigor. Pero si nos percatamos de que no hay allí error grosero alguno, así como de la pequeñez del espacio y de la intención puramente informativa o preparatoria del autor, no puede menos que mirarse con respeto el resultado.

Cuatro años más tarde (9), aparecen los dos primeros tomos de las *Lecciones de Filosofía*, y un año después (10), los dos últimos, en que se resume la enseñanza científica de Varela propiamente dicha. Esta obra, que alcanza cinco ediciones, ha sido muy leída y comentada en la parte filosófica, pero no en lo que concierne a sus capítulos de Filosofía Natural, esto es, en lo que respecta a la Física y la Química, de donde parece deducirse que estos estudios tienen una importancia muy pobre frente a los primeros, a pesar de que el mismo Varela parece haberles dado mucha más, tanto por la extensión que les dedica, como por el gusto con que afina su estilo literario para desarrollarlos, y por la bibliografía que demuestra haber manejado al escribirlos.

Sólo dos años han de pasar para (11) que se inicie en él la actividad política, cuando se ve impelido a ocupar la cátedra de Constitución. Llevaba unos nueve años en la de Filosofía. El hombre de grandes méritos en la ciencia no se desmiente en las nuevas e ines-

---

(8) J. A. Saco. *Explicación de Algunos Tratados de Física.* La Habana, 1823. El capítulo en cuestión se extiende desde la p. 159 a la 207.
(9) En 1818.
(10) En 1819.
(11) A principio de 1821.

peradas actividades; y las circunstancias y sus condiciones excepcionales lo llevan a las Cortes españolas (12); de este modo se gana un político, que fué a esta lucha como a un deber, y se pierde un maestro que lo era como un goce.

Hay que imaginarse aquella alma dulce y buena en el torbellino de cualquier cuadro político y sobre todo en la vorágine de la política española, en uno de sus más trágicos momentos, en que los soñadores liberales, que podríamos llamar hoy demócratas, luchaban por guiar a un rey absolutista que jugaba a la constitución con cartas marcadas. En esa época nos encontramos con la libre Francia, en funciones muy distintas por entonces a las que nos han enseñado a quererla, imponiendo a España su fuerza para instaurar el absolutismo y destruirle sus flamantes conquistas liberales. Es este un desdichado sino que tienen ciertos países cuyos ciudadanos suelen ser libertarios como tales y tiranos como jefes. Y he aquí que nuestro Varela, constante defensor de lo más puro, ejemplo de alma inmaculada, ha de salir de España a punto de morir por las balas, quizá fundidas por antiguos *sans-culottes* apasionados, para llegar a New York en la típica soledad del hombre honrado. Decididamente, la historia es, en lo más, un estupendo muestrario de contradicciones y malos ejemplos.

En circunstancias tales, su misticismo de maestro se concentra en la alta mística del sacerdote ejemplar, a las cumbres de la santificación. Su vida es ahora trabajo y muestra rarísima de piedad y sueño; sueño a toda hora, en el dormir corto y el velar largo, sueño por la liberación de sus lares; sueño que es su ensueño hasta morir. Pero sigue produciendo en su idioma amado trabajos de Física (13) y traduce alguna obra científica (14).

En 1841 el Claustro de Teología del Colegio Seminario de Santa Mónica en Baltimore le confiere el grado de Honor de Doctor en Sagrada Teología.

Su principal aporte en Física y en Química, que constituían entonces parte de la Filosofía Natural, se expone, según ya hemos apuntado, en los dos últimos tomos de las *Lecciones de Filosofía*

---

(12) En 1822.
(13) En *El Habanero* de 1824 a 1826.
(14) *Los Elementos de Química* de Humphrey Davy en 1826.

de las dos últimas ediciones. En ellas no se encuentra el orden medio generalizado en la actualidad y así se topa con el estudio de los gases al fin del segundo tomo, después de expuestos los principales meteoros.

Por regla general, al iniciar el estudio de una teoría, plantea sus hipótesis de manera directa o en las mismas definiciones, y trata entonces de obtener las consecuencias con el arma de los razonamientos. En esta postura se traslucen reminiscencias de la escuela que él mismo censura en más de una ocasión. El método es cautivador, pero conduce fácilmente a los raciocinios en el vacío. Aquí se encuentra en realidad la raíz de la física matemática, que se elaboraba, a partir de Newton que dió las bases, con los trabajos de Laplace, Fresnel, Biot, Poisson, Green, Helmholtz y tantos otros. Todavía no estaban bien deslindados los campos entre esta escuela y la galileana, de donde arrancan las grandes ramas del método experimental realizado y victorioso.

Es curioso que todavía hoy, y como derivación y resíduo de la escuela española de un siglo atrás, se persista en la enseñanza a los párvulos a base de razonamientos descabalados. En Varela, que repugna y recusa el método, la recaída frecuente es muy justificable, porque los mejores maestros en que se inspiró se perdían de igual modo en la misma ilusión; en los hombres de hoy, que se envenenan en Argenta, en Escriche y otros tantos, en una mala prosa que parece verso al que no sabe establecer distinciones, es incomprensible e imperdonable En esto de las demostraciones, la física fundamental de la escuela ha sido y es un muestrario de calamidades lógicas, una exposición de ejemplos de tolerancia científica imperdonable, y un factor de atraso y confusión en el pensamiento científico.

En nuestro Varela las influencias eran múltiples y universales; el momento era de dudas en lo más elemental, si bien nos admira que se llegara a descubrimientos asombrosos manejando conceptos que no se comprendían, que se interpretaban al revés o arbitrariamente. En casi todos los casos cerraba sus explicaciones con una justificación experimental nutrida. Este hecho sorprendente de que con los conceptos confusos y hasta erróneos y sobre la armadura de teorías que el futuro habría de transformar y hasta de destruir, se hayan levantado edificios indestructibles, nos alienta a sostener

una inquietud científica que de otro modo estaría injustificada. Allá, en lo más hondo, presentimos que casi todo lo que la ciencia teórica produce hoy está destinado a desaparecer, en lo formal al menos, y ha de ser objeto de censura, y hasta de risa, a la luz de futuros enjuiciamientos de base más sólida y depurada. Pero nada podrá deprimir la inclinación de la línea media de avance que va siempre hacia lo alto y adelante en promedio. Hay, pues, que tener la fe de los verdaderos matemáticos que creen en el poder insuperable y hasta creador de su simbolismo; hay que sentir una fe, mejor o peor, pero siempre una fe. Hay que crear teorías y teorías y sentirlas y defenderlas. Cuando Goethe crea su teoría de los dolores es admirable en su fe, y hoy se le admira por el esfuerzo y no se le vitupera por el error. Varela es, indudablemente, un hombre de fe, un verdadero optimista. Pero no a la manera de Leibniz exagerada en Cándido y en Pangloss, sino con un optimismo que se manifiesta como una lucha entre pensamientos y criterios tanto afirmativos como negativos. Tener fe no es decir que todo es bueno o lo contrario; es discutir con lógica y con entusiasmo el valor de las ideas.

Cuando leemos a Newton, a Galileo, a Leibniz, a D'Alembert, o a cualquier otro investigador de este corte, no podemos tomar sus afirmaciones al impulso de su autoridad; en primer lugar, porque las obras de estos hombres son del tipo de las memorias del investigador, no de las obras didácticas; y en segundo lugar, porque en ellas se presenta todo género de conjeturas y tanteos que es preciso depurar a la luz de todas las discusiones de otros hombres de calibre, desprovistos de la pasión del investigador, a veces honrada, a veces interesada.

Pero Varela nos enorgullece a cada momento con sus consideraciones personales, que son, en la mayoría de los casos, de una independencia encantadora y de una justeza admirable. La *Introducción al Tratado de los Cuerpos* podría ponerse hoy en el umbral de cualquier obra científica, y ya en materia, en las primeras página de la obra, destruye con elegancia y rigor la extensión de lo geométrico a lo material cuando deshace la demostración teórica de la infinita divisibilidad de la materia.

Es típica de todos los tiempos la flojedad del estudio de los fundamentos de la Mecánica en el inicio de la Física, de donde

lis y Poncelet son los responsables de este allanamiento, cuando el segundo, de acuerdo con el primero, según parece, dió a conocer las nociones en cuestión sistemáticamente expuestas en 1829 (16). Varela, que era apasionado leibnizista, no parece haberse enterado de estos cambios, pues la quinta edición de sus *Lecciones* data de 1841, y en este punto se mantiene como en 1824. Ello se debe probablemente a la influencia del *Manual* de Biot.

Llegamos así, pasando por unas nociones de estática imbricadas con cinemática y dinámica, como era boga entonces, y después de pasar por unas nociones sobre las fuerzas centrales, la hidrostática y la hidrodinámica, a uno de los capítulos mejor expuestos por el ilustre sacerdote. Se trata de las nociones de acústica, en que sobresalen, por su claridad y precisión, las nociones que se refieren a la teoría física de la música. Puede decirse que son raros los tratados elementales en que se dan estos principios con semejante precisión y claridad. En Varela se da el caso poco frecuente de un ejecutante que domina sin sombras de dudas la gama de los físicos. Oigamos uno de sus párrafos, que puede reputarse de primer orden:

No es preciso tener conocimientos musicales para notar la diferencia que hay entre un sonido fuerte o flojo, y un sonido alto o bajo, pues la misma tecla de un piano o la misma cuerda de un violín da un sonido más o menos fuerte según el impulso que se le comunique, y no se dice que ha subido el tono. Nada es más frecuente que decir, aun los que no entienden la música, que una persona ha entonado una canción muy alta o muy baja aunque cante tan flojo que apenas se le perciba. Estos efectos se explican perfectamente por los experimentos anteriores; la voz es tanto más alta cuanto mayor es el número de vibraciones que da una cuerda en un mismo tiempo, y es tanto más fuerte cuanto más intensas son estas vibraciones; y por tanto si consideramos que *a b* (lám. 3, fig. 11) es una cuerda de un forte-piano, podremos hacer que su voz sea más fuerte o más floja según el golpe que se dé a la tecla; pero no que sea más alto o más bajo el tono, porque las vibraciones de dicha cuerda siempre se harán en el mismo tiempo, aunque sean mayores o menores conforme a las doctrinas expuestas.

El segundo tomo de las *Lecciones* remata con un estudio de la máquina de vapor y de un trapiche que toma de Carlos Hernández.

(16) Poncelet, *Introduction a la Mécanique Industrielle*, París, 1829.

El tercer tomo de las *Lecciones* corresponde a la segunda parte del *Tratado de los Cuerpos*. Se inicia por el estudio de las propiedades particulares de las sustancias, vale decir, por unas nociones de Química. Expone la nomenclatura existente y la modifica, pues aunque

es claro que las palabras griegas siendo más cortas evitan mucha redundancia... es preferible *valerse de dichas voces después de haber contraído un hábito de formar las ideas correspondientes a semejante nomenclatura*... y así, el que aprende una ciencia no se ve precisado a *tener que formar dos análisis, uno del objeto y otro del signo, siendo muchas veces más difícil el segundo que el primero.*

Este proceder, que no es recomendable, sobre todo en una enseñanza que tiene pretensiones de secundaria, y siempre que no se abuse haciendo profusión de nombres, debe haber tenido su origen en las dificultades halladas por Varela en la cátedra.

Así las cosas, y después de hacer una exposición de las principales operaciones e instrumentos químicos, dedica una lección polémica al estudio del calor y la temperatura con un sentido de esta última que ya quisieran para sí muchos didactas de hoy. Para Varela el calor es un fluído que todo puede penetrarlo y, desde luego, ponderable. Con ello está en su época, porque si bien es cierto que sobre la naturaleza del calor se han hecho conjeturas muy variadas, entre las cuales se encuentran algunas que concuerdan en parte con la hipótesis vigente hoy, ello puede atribuirse a simples premoniciones casuales. El hecho de que Platón (17) haya afirmado que el calor proviene del sol pero que también puede engendrarse por la fricción y el movimiento, no nos da pie para que se le atribuya primacía en la teoría energética actual, que tiene un origen experimental bien establecido que no se ha inspirado con toda probabilidad en la consideración platoniana. El origen sería más justamente atribuible a Herón, que fué el primero en transformar el calor en trabajo. Además, no debe olvidarse que la teoría cinética y la del calórico habían sido sostenidas por muy diversos autores y que algunos usaban de la una o de la otra según su ventaja en cada caso particular. Así, para Galileo, que sigue a Telesius, el calor es como un fluído, y esta hipótesis fué formalizada por Wolff, y como él piensan Lémery y Stahl, que lo identifica

---

(17) Platón, *Cratilo*, II, p. 617.

con el flogisto. En cambio, Platón y Aristóteles lo relacionan con el movimiento, y el segundo hace intervenir el éter en el mecanismo de su producción. Gassendi, R. Bacon y Kepler refieren el calor al movimiento de las partículas materiales. Bacon de Verulam da al calor el carácter de movimiento vibratorio de aquéllas, y así Boyle, y así los Bernoulli, y así Euler cuando dice: *"Quum enim calor in motu quodam minimarum particularum corpurum consistet, satis perspicuum est: Ignem in omnibus corpuribus calorem excitare debere"*, en tanto que Newton parece ser el primero que lo atribuye a las oscilaciones. Lavoisier y Laplace, en una de sus memorias (18) después de plantear muy bien la cuestión, se expresan así:

Nous ne déciderons point entre les deux hypothéses précédentes; plusieurs phénoménes paraissent favorables á la dérniére; tel est, par exemple, celui de la chaleur que produit le frottement de deux corps solides; mais il en est d'autres qui s'expliquent plus simplement dans la premiére; peut-étre ont-elles lieu toutes deux á la fois.

Agréguese a esto que en libros muy propagados y populares, como el *Précis* de Biot, se afirma hacia 1830 que todavía se desconoce la razón por la cual el frotamiento desarrolla calor. Varela estaba, pues, con su época. Es curioso que Varela dé al principio el nombre de *temperamento* a la temperatura que considera idéntica al calórico libre, y use después en casi todos los casos el segundo término sin justificar el cambio.

En la tercera lección nos encontramos de nuevo en el fragor de la polémica a propósito de la naturaleza de la luz, planteada como una lucha entre cartesianos y newtonianos. En ella Varela toma partido a favor del lumínico siguiendo a Biot probablemente, y a la mayoría de los manuales de prestigio hasta 1830. Ya se sabe lo que estas divergencias pesaba la obra de Newton que domina en las cátedras por más de un siglo como una fuerza semejante, aunque más justificada, que la de Aristóteles. Los trabajos de Fresnel y Young tenían a su favor a Aragó, pero una parte de la escuela matemática más distinguida, con Biot al frente, empleó toda la fuerza y elegancia del algoritmo para sostener la teoría del lumínico. Con ello se atrae la simpatía de los más altos temperamentos abstractos, como Laplace y Poisson, que habían permanecido indiferentes, y no faltaban investigadores, como Malus, adheridos a

---

(18) Lavoisier y Laplace, *Mémoire sur la Chaleur.*

este criterio de la emisión. En realidad, la teoría ondulatoria ejercía un dominio casi total hacia 1825, impulsada por la gente más joven, pero su dominio se generaliza cuando Foucault realizó su célebre experiencia hacia 1850, que todo el mundo tomó como crucial y definitiva. Varela no podía estar al tanto del verdadero sentido de las nuevas tendencias que se iba esparciendo en memorias hacia la época en que ya se encontraba enfrascado en las luchas políticas, alejado de Cuba y separado del calor de su cátedra. Este calor es el que suele mantener la temperatura para seguir los movimientos científicos, sobre todo en aquellos países en que constituyen parte de lo excepcional y raro.

Sin dejar de insistir a lo largo de este tomo sobre las imágenes del calórico y del lumínico, desarrolla la óptica geométrica y la física descubriendo los instrumentos más importantes y las experiencias más salientes relativas a la óptica física, sin olvidar ciertas nociones sobre los espectros, que giran alrededor de los trabajos de Fraunhofer y Newton. Allí se encuentran observaciones muy personales y atinadas, que nos sorprenden mucho, porque estamos hechos a ver repetidos, con alarmante insistencia, errores que Varela destruye. Así, cuando relata la experiencia del abate Rochon que pretende probar que *los colores del espectro degeneran unos en otros*, objeta (19):

Yo creo que esto sólo prueba que variada la situación de la superficie, y el ángulo refranjente, debe verificarse, que del lugar de donde antes venía un rayo verde v. g. venga ahora uno morado; pero no que el mismo rayo verde se haya convertido en morado, que es lo que debía probarse para demostrar falsa la doctrina de Newton, confirmada con tan repetidos experimentos, en que siempre se ha visto que cada rayo conserva su color, aunque pase por veinte prismas en distintas situaciones.

Y más adelante cuando se refiere a la refracción de la luz determina y precisa:

Debe advertirse que estos efectos no se producen siempre en razón de las densidades de los medios, pues Gravesande observó que la luz pasaba rectamente del aceite de olivas al bórax, y de éste a aquél, sin embargo que sus densidades están como 6 es a 11. Tam-

---

(19) *Lecciones*, t. III, p. 47.

bién se acercaba a la perpendicular (normal) cuando pasaba del alumbre al vitriolo y del agua al espíritu de trementina, que es de un medio más denso a otro más raro (20).

El estudio de la electricidad (21) se desarrolla en Varela con un sentido más al tanto de su época, si cabe, que casi todo el resto de su obra. Esto no es de extrañar y se presenta en los autores actuales. La razón, a nuestro entender, es doble, pues el fenómeno depende tanto de que el estudio elemental de la electricidad y el magnetismo es más sencillo que el de cualquier otra parte de la Física, como de la facilidad para la realización de experiencias. Contribuye, además, la impresión de inmediato contacto con un alto misterio que nos dan los fenómenos en cuestión.

El capítulo a que nos referimos se desarrolla rico en experiencias electrostáticas, casi las mismas que se ejecutan hoy, y desemboca, como en los casos anteriores, en la polémica sobre la naturaleza de la electricidad que giraba entonces alrededor de la hipótesis de un solo fluído o de dos. Varela remata esta cuestión en consideraciones propias muy atinadas, cuando dice:

> Es preciso, sin embargo, confesar que ni esta doctrina ni la de Franklin están suficientemente probadas, y que aún se ignora la verdadera naturaleza del fluído eléctrico. Afortunadamente sus aplicaciones no dependen de la teoría que se admita, pues nos basta conocer los efectos que produce para saberle aplicar (22).

Presenta entonces un resumen de la teoría del galvanismo, de suma trascendencia por entonces, pues la importancia de las pilas en los laboratorios era de primer orden, atento a que constituían las mejores fuentes de corriente y de potenciales relativamente constantes. Nada puede encontrarse en Varela respecto a las características de la corriente ni a sus relaciones, pues bien se sabe que éstas fueron expuestas por George Simon Ohm en 1827 (23). Asimismo, la idea de potencial aplicada por Laplace y Lagrange a los problemas relativos a la gravitación, penetra en electricidad y magnetismo a través de George Green, que actuó inspirado en los trabajos de Poisson. De todos modos, algún barrunto de todo ello se extraña en la última edición de Varela. Es interesante

---

(20) *Ibid*, p. 75.
(21) *Ibid*, p. 120.
(22) *Ibid*, t. III, p. 161.
(23) G. S. Ohm, *Die Galvanische Kette, matematische bearbaitet*, Berlin, 1827.

apuntar que éste, al discutir los fenómenos de imantación y desimantación por el calor, y por el choque, intercala la consideración siguiente:

Toda esta contrariedad me inclina a creer que proviene de cierta y determinada colocación de las partículas, que se pierde o recupera por distintas causas y que así el calor no impide el magnetismo sino como una causa mecánica.

La electricidad llega a su fin con una relación de las experiencias de Orsted, de Ampere y otros, y el libro remata con un estudio de los gases, el barómetro, incluyendo el de Fortín, los meteoros, el agua, algunos instrumentos y el daguerreotipo. Describe después dos máquinas eléctricas, modernas para su tiempo, y que no aparecen en otras ediciones.

Hemos leído más de una vez que Varela fué el primero en crear un laboratorio de Física en Cuba, introduciendo, también por primera vez, la enseñanza experimental de esta ciencia y, tal vez, de la Química. No nos ha sido posible probar rigurosamente esta afirmación, pero si sabemos, por las memorias antiguas de la Universidad, que en ésta *no empezó a formarse el gabinete de Física hasta fines de 1843*, a instancias del profesor de esta asignatura, Feliciano Carreño (24). Si a esto se agrega que el mismo Varela en un documento inédito (25), asegura que de la Universidad de la época puede afirmarse que no tiene cátedra alguna porque los catedráticos trabajan por el mero honor que les da el puesto, esto es, no trabajan, es seguro que no existiría laboratorio como no fuera para exhibirlo. Asegura más abajo que la Cátedra de Física del Colegio de San Carlos posee un gabinete de Física que se debe a la generosidad del obispo Espada, pero que sólo contiene aparatos de neumática, electricidad, galvanismo y astronomía, con ausencia de lo más preciso en este último ramo. Dice que son ingleses, de los mejores y más modernos, casi todos de la casa Adams, y que los de electricidad y galvanismo están representados en las láminas de sus Lecciones. Asegura, además, que en el Hospital de San Ambrosio hay un laboratorio de Química que, si bien está lejos de ser completo, es suficiente para *lo más substancial* de la enseñanza.

---

(24) El Gabinete empezó a formarse exactamente el 20 de nov. de 1843 según reza en la *Memoria* de 1869-1870.

(25) *Breve exposición del estado actual de los estudios en La Habana*, Madrid, 1822. Documento inédito según González del Valle.

Todos estos indicios nos inclinan a creer que se debe a Varela la gloria de iniciar la enseñanza experimental de la Física en Cuba, que es como crear la enseñanza de esta ciencia, que vale muy poco reducida a una charlatanería sin gramática ni lógica. Con ello trató de fijar Varela un derrotero insustituible en la mentalidad de sus alumnos, que se sale de la actitud estática del lector, la meçedora y los libros. Su mérito es de altísimo grado, si se medita que no tuvo predecesores en esta escuela y que la inspiración le salió de una inteligente contemplación del panorama del medio en que vivía. Esta alacridad prendió en Saco y en Luz Caballero al extremo de que ellos mismos, y casi por sí solos, llegaron a comprender la ciencia de su época, a enseñarla, y a sentir como una tortura el deseo de establecerla en un medio casi indiferente, experto en leyes y en política y colmado de malos jueces y peores políticos. Lo curioso es que la lucha persiste y su explicación no es difícil. La vida en las ciencias es como una no-vida, puesto que supone un estado constante de abstracción que simula un placer que aleja de los placeres vulgares y embota para ellos. El científico puro, que suele ser alegre, está un poco fuera del mundo, y en grado tanto mayor cuanto mayor es su ciencia. Las gentes, que presienten esto como un sacrificio, lo admiran, y esta admiración tiene como un rezumar de conmiseración y lástima. Después de estos hombres las cosas han cambiado; no es frecuente aquel entusiasmo por los laboratorios de ciencias fundamentales; esto lo saben bien los que no se dejan engañar por exclamaciones ridículas y falsas tan abundantes en los medios oficiales y en los ignorantes que han hecho su cultura en las páginas de sports, de partes de policía y de notas de sociedad. ¿Cuándo se ha visto en los últimos tiempos que se dediquen 24,000 pesos para un laboratorio científico de enseñanza y que se confíe su compra a un hombre con algún ribete de la figura universal de Luz y Caballero? Ahora, que hay mucho más dinero, cuando se ha dado la quinta parte para un laboratorio de enseñanza superior, elló se ha comentado como un fenómeno inaudito. Decididamente se dan muy pocos casos en que vivan a la vez y alentados por un mismo afán Espada, Luz, Saco y Varela. Pero también constituye una gran esperanza el que en este grupo hayan sido casi todos de esta tierra, porque el clima en que se dan buenos frutos una vez puede darlos indefinidamente.

Pero nuestro Varela no se limitó a poseer un laboratorio como

quien tiene una colección de juguetes o como quien gusta ver decoradas las salas de clase. Varela realiza experiencias, enseña por ellas y a través de ellas; complementa con ellas sus consideraciones teóricas, medita los hechos que observa, concluye, y hasta alguna vez intenta investigar leyes. Todo esto trasluce de sus *Lecciones* y se hace indudable cuando nos habla de la comprobación de la ley de Galileo que va, como flecha directa, contra Aristóteles; cuando nos habla de la incongruencia entre las variaciones atmosféricas en Cuba y la rotulación de los barómetros de salón; cuando intenta estudiar la resistencia de diversos líquidos contenidos en tubos al paso de la descarga de una batería. En todo momento se encuentra el profesor infatigable. Un viajero inglés (26) relata una especie de examen de Física en el colegio, que se llamaba *Conclusiones*, y queda maravillado de la preparación de los alumnos en el manejo de los aparatos y, al sostener una charla con Varela, éste le deja admirado por su saber de la teoría newtoniana de la gravitación.

En lo atañedero a las Matemáticas, de cuyo dominio se llega a mejor idea cuando se considera su manejo en Física que cuando se atiende a su conocimiento puro, puede decirse que Varela manejaba con soltura la matemática elemental de su tiempo con la tendencia, que tan largo lapso abarcó, al uso excesivo de las proporciones. Este empleo maquinal de las proporciones que es de origen en parte histórico, en parte debido a razones tipográficas, y en parte consecuencia del exceso de maestros enviciados en el aritmetismo comercial, dura todavía en algunos contemporáneos. El viejo *a* es a *b* como *c* es a *d* constituye para muchos la suprema culminación de una discusión científica. A veces Varela sustituye en una igualdad determinadas magnitudes por sus proporcionales, lo cual es físicamente legal, pero no lo es siempre matemáticamente, en el sentido de que la proporcionalidad puede persistir, pero no así la igualdad en todo caso.

Nos ha llamado mucho la atención no haber encontrado una sola vez en las *Lecciones* el término átomo, y rara vez el de molécula, en el sentido de partícula, confuso y mal determinado, tan frecuente en la época. En efecto, en muchos autores contemporáneos de

---

(26) Enrique Wilston citado por Sergio Cuevas Zequeira en *Para la Historia de la Filosofía en Cuba, Revista de Filosofía*, p. 452, mayo de 1921, Buenos Aires.

Varela se encuentran ya estos términos, sobre todo en Química, con un sentido que se acerca al actual, y no podemos comprender esta actitud en un profesor de Física y Química muy penetrado en las escuelas filosóficas y al tanto, sin duda, de las doctrinas atomísticas que se cuentan entre las más rezagadas en la historia de la Filosofía. No se encuentra tampoco el menor rastro de simbolismo químico. Lo primero puede explicarse como una cuestión de antipatía de sistema, y entonces lo segundo es su consecuencia: mal podían establecerse las formulaciones químicas sin arrancar de las ideas atomistas.

También nos deja perplejos que una vez realizado el esfuerzo de Varela en su obra didáctica, el estancamiento en la producción de este corte haya sido casi absoluto hasta nuestros contemporáneos, que se han inclinado hacia la obra de texto, servilmente ceñida a programas oficiales, casi siempre de los mismos autores, y con ciertos ribetes de la escuela con su carga de definiciones y clasificaciones horribles. En la misma España, lo que aparece después del libro admirable de Bails—olvidado como todo lo nuestro, y que representa una realización de primer orden como obra didáctica, y de primer orden como trabajo literario—, no puede parangonarse con ella. Es que nuestros países, unas veces presos de sí mismos y otras esclavos unos de otros, no han logrado clima de bastante sosiego para plasmar obra de pensamiento, de aquel pensamiento cuyo error se evidencia a primera vista.

Se suscita la cuestión de si nuestro pensador es o no es un investigador. A ello puede responderse que su obra demuestra la intención de pensarlo y comprenderlo todo sin inclinarse a la farsantería científica de muchos investigadores intencionados. Puede decirse que Varela era un hombre de mucho saber. No del saber que acumula como cualquier enciclopedia, sino del saber que contiene los datos medulares y se arraiga en un talento que en cada momento los relaciona y aplica con justeza. Que no hay en Varela nueva ciencia, es posible. Pero no siempre es el saber el que más crea, ni es la creación en todo caso proporcional al saber, y a veces se dan casos de creadores fecundos, de muy poco saber. Lo cierto es que el propósito de crear no permite acendrar un buen saber, porque esta intención de crear, que absorbe la atención en su punto, no permite llegar a un alto saber. En cambio, a la hora de enjui-

ciar un hombre, son sus actos y las circunstancias de su momento vital los que nos permiten aquilatar su valor real, que mucho indica, y su valor en potencia, que indica mucho más.

A propósito de lo dicho: hace pocos días nos ha llegado noticia, por conducto del erudito ya citado (27), de un trabajo de Varela en el *Repertorio Médico* de marzo de 1841, en el cual se nos manifiesta aquél como inventor. En este trabajo—que nos apresuramos a consultar—se propone, en primer lugar, un procedimiento para bajar la temperatura de las salas y, en segundo lugar, otro método para purificar el aire en las mismas, bajando a la vez la temperatura. Están dedicados ambos dispositivos especialmente a los hospitales. Del primero, que se reduce a disponer en las ventanas de los edificios una serie de bastidores paralelos cubiertos con tela verde y rellenos de paja, no podemos afirmar que sea creación de Varela, porque él mismo no lo asegura, aunque conjeturamos que sí, pues no lo refiere a ningún autor. En cuanto al segundo, sí tenemos esta seguridad, puesto que lo propone como cosa suya. En este último aprovecha el tiro producido por una diferencia de temperatura para engendrar una corriente de aire que se refresca al entrar y a veces también se desinfecta o perfuma, y recibe igual modificación al salir. La corriente se refresca aún más al evaporar el agua de una serie de recipientes de gran área situados en diversos lugares de la sala.

En una carta inédita de Varela dirigida a Luz y Caballero y fechada en 1839, se habla de ciertos aparatos instalados en algún hospital, cuyas pruebas, al parecer, no resultaron un éxito. En realidad, el sistema sería bueno hoy día para las salas de infecciosos, pues todo el mundo sabe que las salas comunes se mantienen hoy enteramente abiertas, ya que ahora el miedo al aire ha sido sustituído por un gran aprecio.

Y ahora, ¿cómo se conducía Varela como profesor? o mejor, ¿cómo era el catedrático Varela? Porque hay diferencia: un catedrático enseña desde la cátedra; un profesor puede profesar una ciencia o enseñarla, o ambas cosas; hoy el profesor suele ser un investigador o un aspirante a tal, que casi nunca enseña, a menos que no nos refiramos al ejemplo. Esto nos lo ha dicho él mismo,

---

(27) Dr. Francisco González del Valle.

nos lo han elogiado sus discípulos y se ve en toda la intención de su obra: Varela profesa una cátedra, no una catedrilla. Su enseñanza no tiene la manera ridícula y frecuente de oratoria histriónica que los tontos tienen por pasión y entusiasmo y es epilepsia fingida. Su enseñanza es como su estilo: tersa, asentada, catenular sin exceso y, sobre todo, se lleva como desarrollada por los mismos alumnos que se sienten a su lado con la seguridad y alegría del que sabe que el mejor ejemplo que va a recibir es el de un hombre educado y no de un ogro displicente, malhumorado y agrio. Las enseñanzas que de este modo se adquieren con Varela tienen el valor bien conocido que les dió Luz y Caballero, y culminan en una buena educación que no ha logrado mantenerse siempre y que constituye la gran cuestión que se plantea a los maestros en lo presente.

No debemos ponerle acabamiento a este trabajo sin aventurar unas rápidas consideraciones sobre la esencia científica de Varela. Aunque hemos dicho esencia, hace ya algún tiempo que en otro lugar (28), insistimos sobre la importancia relativa de la sustantividad en la vida real frente a la exuberante de la utilidad de cada hombre, y así nos limitaremos a preguntarnos: ¿Para qué era útil Varela? O en nuestro caso, cuando inquirimos, ¿era Varela un físico?, debe entenderse que preguntamos: ¿era útil Varela como físico?

El estudio de la obra de Varela nos conduce bruscamente y sin más, como de golpe, a la siguiente afirmación: Varela era útil para todo trabajo racional, y en particular, para todo trabajo científico. Y lo era porque tenía la condición mental y una aplicación al trabajo capaz de emplear su tiempo en él sin el más leve rescaño. Ninguna muestra de pereza en él; ninguna esquivez para la aplicación del pensamiento; ningún repulgo para poner sus propias manos en acción.

Contemplada ya su obra desde lo alto del recorrido, con el mejor deseo de comprenderla y aquilatarla, es muy difícil agotar la investigación y atrevido concluir sobre la paternidad real de ciertas consideraciones y razonamientos que en ella se topan; pero puede decirse que si son propios de Varela, tienen el mérito de tales, y si son ajenos, tienen el valor de la selección ajustada, que significa

---

(28) En una conferencia en la graduación del Colegio Sepúlveda.

un triunfo en quien leyó y meditó tantos autores en tan poco tiempo y supo epitomar sin copiar. Para aquilatar el valor del trabajo, hay que darse cuenta de que cuando Varela escribió su *Física* llevaba unos pocos años de profesor, y de profesor de muchas cosas a la vez, pues daba Filosofía, Química, Matemáticas y Física, en tanto que organizaba el laboratorio, preparaba a sus alumnos de modo paternal y, a la vez, estudiaba y escribía. Por lo que de él nos queda no parece haber penetrado en las nociones de matemáticas superiores, y vivía, además, en una época en que era muy difícil estar al día en los progresos de las ciencias, tanto por lo reducido de las publicaciones, como por la distancia de los centros europeos, como por la confusión en que estaban ciertas nociones en polémica.

Por otra parte, Varela está sometido al sino de estos países, donde todo está por hacer y es preciso abandonar las actividades apenas empieza uno a agilitarse en ellas, por la urgencia de otras que las circunstancias nos impulsan a seguir, muchas veces, hasta como cuestión de honor. Y todos sabemos que no hay otra manera de adelantar y ser algo, que tomar un camino, un solo camino, del cual se atisban oscuramente los que marchan paralelos y próximos a él, y se presumen los distantes y divergentes. Esto es un gran dolor para los ambiciosos del saber; para los que gustan de toda aventura intelectual y saben de la soledad e inquietud del especialista. Mas llega un día en que no nos resignamos a ser dispersos, a ser enumeradores y comentadores ajenos, a ser unos deportistas del comentario y del juicio: es preciso tomar puerto, anclar, descargar y cargar una sola clase de mercancía y renunciar poco a poco a la frívola miscelánea, alegre, ligera y divertida en su jollín de variedad. Pero en los países que tantean para formarse, que no se han encontrado del todo, no suelen estar determinadas las direcciones estables del especialista. El número de problemas es enorme, el planteo de muchos de estos problemas es defectuoso, y hay que replantearlos, fijar bien qué se busca e intentar la solución de muchos. Y todo el mundo está en ese deber. En la época de Varela la categoría y el número de problemas eran de mucho mayor trascendencia que hoy. Todo estaba por hacer, todo por plantear; y el hombre ilustre disipó su genio en ese esfuerzo gigante de no vivir su vida, y vivió una vida destinada a los demás. Así se comprende que las últimas ediciones de la *Física* de Varela no

estén en mejor concordancia con su tiempo que las primeras, porque ya se habían generalizado muchos cambios de que no pudo percatarse, separado de sus estudios científicos por otros problemas muy diversos.

Varela, que ha sido de los pocos hombres que se vió reconocido por sus más brillantes compatriotas, que vivió la más gustada de las vidas interiores que sólo están al alcance de los temperamentos dotados de alma pura y juicio certero, puede calificarse como una figura genial que es preciso aplaudir en la suma sin juzgar en el detalle, porque en éste no tuvo oportunidad de levantarse a muy penosas indagaciones. Si nosotros tuviésemos que darle un título no le diríamos Doctor, no le diríamos Sacerdote, no le diríamos ni-físico, ni matemático, ni filósofo, sino que con la reverencia espiritual más sentida, y el más vibrante de nuestros tonos, le diríamos simple y llanamente: Maestro.

Ideario y conducta cívicos del Padre Varela

por Manuel Bisbé

No se ha escrito la biografía del padre Varela. Cinco lustros después de su muerte, José Ignacio Rodríguez ordenó los datos que poseía acerca de este ilustre cubano. Es una fuente espléndida de noticias acerca de Varela. Pero en el libro de Rodríguez no se nos da el sentido mismo de aquella gran vida. El verdadero biógrafo de Varela ha de ser el que comprenda ese espíritu heróico que animaba su vida y sepa llevarlo a las páginas que escriba. Heroísmo del hombre de pensamiento. Heroísmo de batirse en desigual batalla contra los errores, prejuicios y pasiones de su época. Heroísmo de una vida de santo que ganó la victoria, no aislándose del mundo, sino participando en la arena caldeada de todas las luchas de su tiempo.

Lo que sí no puede negarse es que se va conociendo mejor su figura. Es cierto que a Varela, si no se le olvidó, se le dejó de estudiar con esa pasión que debió inspirar quien vivió apasionado por los problemas de su época. De Varela recordábamos sobre todo la frase lapidaria de don Pepe. Nos limitábamos a pensar—como si no pensáramos nada—que fué "el primero que nos enseñó a pensar". A los varelistas de nuestro tiempo se debe un nuevo empeño, un justo propósito de ver al gran cubano en todas las facetas de su vida. Unos, con amoroso afán, se han dado a la búsqueda de nuevos escritos de Varela; otros, han ofrecido nuevos aportes críticos, o han jugado ambos papeles, el del investigador y el del crítico. De todo esto ha salido lo que pudiéramos llamar el redescubrimiento del P. Varela. Varela ya no es solamente el sacerdote de vida ejemplar que rompe lanzas contra los impíos y los fanáticos. No es solamente el filósofo que libera un reducto más del escolasticismo medioeval en América y pone a la juventud de su país en el camino de la verdadera filosofía. Es algo más. Es el primer propagan-

dista de la independencia de Cuba; es el patriota. El pensamiento separatista cubano tiene una raíz: Varela; y una copa: Martí. Pero de la raíz a la copa frondosa del árbol martiano está circulando la misma savia. Se comprende la vigencia del P. Varela, porque su pensamiento es pensamiento vivo y su noble magisterio cívico no ha cerrado su curso.

Los cubanos de todas las edades—sobre todo los jóvenes—hoy más que nunca deberían leer los escritos patrióticos del P. Varela. Muchos de los males que denuncia Varela siguen siendo nuestros males, y muchas de las fórmulas que apuntó siguen siendo fórmulas salvadoras. Pero, ¿es fácil leer a Varela? Aquí empieza nuestra tragedia y nuestra vergüenza. A los cuarenta años de vida republicana, todavía la República, que con su pensamiento contribuyó a fundar, no ha pagado su deuda al insigne profesor del Seminario de San Carlos. Las principales obras de Varela sólo son preciosas reliquias de muy contadas bibliotecas cubanas. Salvo las *Lecciones de Filosofía*, reimpresas por la Universidad de La Habana, y una antología de pensamientos de Varela publicada por la Dirección de Cultura, no se han vuelto a editar las obras de Varela. En verdad que esto es un crimen de lesa cultura. El mayor servicio que se puede hacer a los cubanos es darles a leer las obras de Varela. A este empeño de crítica y exaltación varelista de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales debe seguir ese otro. Hay que difundir los escritos de Varela; hay que procurar que lleguen, para orgullo de Cuba y de América, por lo menos hasta donde llega la lengua española.

***

Varela tuvo dos grandes cultos en su vida: la religión y la patria. Su ideario cívico o político no está en contradicción con su ideario religioso, porque ambos surgen de una misma bondad, de un mismo afán de pureza y servicio. Varela pensaba que la religión no debía depender de la política ni la política de la religión. A la religión, todo lo concerniente a lo divino; a la política, todo lo relativo a lo humano. Pero Varela, sin dejar de tener mentalidad política, es por encima de todo un temperamento profundamente religioso. Los políticos sin religión, como todos los que no sienten la noble aspiración divina, para el sabio sacerdote no son más que impíos, y la impiedad es el mayor de los males sociales,

porque destruye todos los vínculos de aprecio y a causa de la misma "el honor viene a ser un nombre vano, el patriotismo una máscara política, la virtud una quimera y la confianza una necedad" (1). Varela considera que "los dos santos principios de la felicidad humana, la justa libertad y la religión sublime están en perfecta armonía y son inseparables" (2). Quizás sea ésta su idea dominante. Más de una vez afirma que no puede haber moral pública sin religión. Por eso le hemos de ver siempre librando su gran batalla contra los impíos, los supersticiosos y los fanáticos.

Que Varela sintió el más puro espíritu evangélico y que vivió conforme al Evangelio no admite duda alguna. Extraordinariamente sincero, flagela por igual la hipocresía religiosa y la política. Los dardos de su crítica apuntan a los mismos miembros de la Iglesia responsables de errores. El padre Varela no vacila en hablar de los

tunantes vestidos de clérigos que con desdoro de su sagrado ministerio y lágrimas de los verdaderos eclesiásticos, dan pábulo a la impiedad con su total abandono y acaso son ellos los primeros impíos (3).

Su amor por la Iglesia se convierte en celo evangélico. De ahí los adversarios que conquista. Varela, como Erasmo, acaba por situarse entre dos fuegos. De una parte le ven con ojeriza los clérigos que mancillan su sacerdocio; y de otra, los impíos de todos los bandos.

El más estricto cumplimiento de sus deberes religiosos no le impidió nunca el cumplimiento de sus deberes cívicos. Tal vez el destino llevó a Varela a participar en las luchas políticas. No quiere decir ésto, sin embargo, que Varela careciera de vocación política. Varela amaba la política, la política justa, creadora de valores, tanto como odiaba la política al uso, que no difería en aquellos tiempos de la política al uso en nuestra época. Esta política de los políticos que sólo aspiran "a salir con el intento" (4), no viene a ser, afirmaba Varela, más que un sistema de "infamia as-

---

(1) *Cartas a Elpidio*, t. I, c. II, p. 19.
(2) *Ibid.*, p. 25.
(3) *Ibid.*, p. 43.
(4) *Ibid.*, p. 45.

tuta" (5). En política actuó siempre con visión clara y generosos medios. Su condición de sacerdote no fué nunca un lastre en su actuación política. Fué, eso sí, una razón más de la pureza de sus procedimientos y de sus fines y de sus excesivos y necesarios escrúpulos. Su celo evangélico se convierte en celo patriótico. ¡A la patria todas sus energías, toda su capacidad y todo su espíritu de verdadero sacrificio.

La patria es también religión en la vida de Varela. Para el virtuoso sacerdote, por supuesto, la patria es Cuba. Aun considerándose miembro de la nación española, su posición es clara: dentro de la patria grande su corazón estará siempre lleno de la patria chica.

Cuando se ha pretendido—afirma Varela— que el hombre porque pertenece a una nación toma igual interés por todos los puntos de ella, y no prefiere el suelo en que ha nacido o a que tiene ligados sus intereses individuales, no se ha consultado el corazón del hombre y se habla por meras teorías que no serían capaces de observar los mismos que las establecen (6).

Nadie ha pintado a Cuba con tan bellos colores. "La naturaleza—dice—puso en la entrada de un apacible golfo, que baña a los opulentos países del tesoro del Nuevo Mundo, una isla afortunada en que imprimió sus carismas" (7). En el destierro su amor a Cuba se tiñe de nostalgia. Así le vemos evocar, en una de sus *Cartas a Elpidio*, la eterna primavera de Cuba, con el acento doloroso de quien espera los rigores de un severo invierno (8). Convencido de que circunstancias inevitables lo separan para siempre de su patria, desterrado en los Estados Unidos después de los sucesos políticos que determinaron la restauración del absolutismo en España, y agradecido a la noble hospitalidad que se le brinda, no vacila, sin embargo, en proclamar, que aún cuando en el afecto se siente un natural del gran país del norte, no será jamás ciudadano americano, "por haber formado una firme resolución—dice a *Elpidio*—de no serlo de país alguno de la tierra desde que circunstancias que no ignoras me separaron de mi patria" (9). Este acendrado sentimiento de cubanidad, que alienta en la obra del padre

(5) *Ibid.*
(6) *Lecciones de Filosofía*, p. 291.
(7) Rodríguez, *Vida del Presb. D. Félix Varela*, p. 77.
(8) *Cartas a Elpidio*, t. I, c. IV, p. 119.
(9) *Ibid.*, t. II, c. IV, p. 89.

Varela, fué norma que gobernó todos los actos de su vida y enseñanza fecunda que nutrió a los valiosos discípulos que siguieron su ejemplo de saber y decoro.

Su gran magisterio fué de amor al estudio, de preocupación por la juventud, de servicio patriótico. Fué maestro en el aula y fuera del aula, porque la mejor lección que ofreció fué la de su propia vida. Vida de absoluta limpieza; vida en la que no rehuyó las responsabilidades y compromisos de actuación que sus propias prédicas determinaron. No fué, sin embargo, lo que nosotros llamaríamos hoy un hombre de acción. Su magisterio lo ejerce en la cátedra, en el libro, en el periódico. Es un hombre de pensamiento, un sembrador de ideas. Entonces la conciencia cubana —toda abierta en surcos—estaba ávida de nuevas simientes. Varela, con su espíritu renovador y crítico, preparó el destino revolucionario de Cuba. En la juventud vió la esperanza de la patria. Trabajó para un mañana. Libertando la filosofía y la educación de todos los resabios medioevales, abrió una ruta de luz en el pensamiento cubano; advirtió nuestras flaquezas de carácter y contra las mismas volvió sus críticas constantes; enseñó a la nueva generación cubana que España era ya un cadáver que sólo podía dar de sí corrupción y principios de muerte, y quiso ver a Cuba "tan isla en lo político como lo es en lo geográfico"; señaló los errores de la Iglesia y defendió la verdadera religión cristiana de todos sus impugnadores, pero fué siempre leal y obediente a sus dictados, como se observa en sus ataques a Voltaire y a Rousseau y en su manera de juzgar la Revolución Francesa. He ahí la contradicción de Varela, he ahí su posible tragedia espiritual. Varela, que en el fondo es un espíritu revolucionario, no puede manifestarse libremente como tal. Hay ciertas cadenas que también le atan, y que él descubre en su propio afán de justificarlas y de sentirse contento con ellas. Pero, a pesar de todo, lo que importa de un hombre es su influencia: el gran cubano abrió el camino de la transformación espiritual y política que debía producirse en Cuba.

***

En la vida del padre Varela hay tres etapas decisivas: la de su actuación como profesor en el Seminario de San Carlos; la de su participación en las Cortes españolas de 1822; y la de sus largos

años de destierro en los Estados Unidos. A las mismas se encuentra vinculada toda la obra de Varela y la evolución de sus ideas.

A los veintitrés años de edad Varela—ordenado ya de presbítero—llegó a ser profesor de Filosofía del mismo Seminario de San Carlos donde había cursado los estudios mayores. Por aquellos tiempos—comienzo del siglo XIX—había en la ciudad de La Habana dos establecimientos principales de enseñanza y cultura: la Real y Pontificia Universidad y el Real Colegio de San Carlos y San Ambrosio de La Habana. La Universidad funcionaba de acuerdo con un plan de estudios que representaba más de dos siglos de retraso. El Real Colegio-Seminario, después de su reorganización de 1774, era un centro de estudios más avanzado que la Universidad y un campo más propicio a la reforma. En la enseñanza filosófica de la época el escolasticismo reinaba de manera absoluta. Los textos de Aristóteles se mandaban a buscar oficialmente a España y el latín era todavía la única lengua que se empleaba en la enseñanza. En este ambiente de *ergos* y latines mediocres comenzó su labor el joven maestro de Filosofía. Las *Proposiciones* y el *Elenco de 1812* se limitaban a insinuar su espíritu de reforma. Pero se produjo el hecho decisivo. Un discípulo del padre Varela —Nicolás Manuel de Escobedo—que según la costumbre de la época debía defender las proposiciones del *Elenco*— en una ocasión interrogó al Maestro: "Padre Varela, ¿para qué sirve todo ésto"? La pregunta fué reveladora para el joven profesor. A partir de aquel momento—cuenta en una carta—se decidió a barrer con tanta basura filosófica hasta no dejar "ni el más mínimo polvo del escolasticismo".

De 1811 a 1819 realiza la reforma de la enseñanza y produce sus más notables obras filosóficas. Los cursos se suceden sin repetirse, superándose en cada curso la obra del anterior. El *Elenco de 1813* es una batalla ganada al escolasticismo. De 1812 son sus *Institutiones Philosophiae Eclecticae.* Este año aparecieron en latín los dos primeros tomos de esta obra; en 1813, en español ya, el tercero; en 1814, el cuarto y último tomo. Nuevos *Elencos* se publican: el de 1814 y el de 1816. En el curso de 1813 a 1814 da el paso decisivo de abandonar el latín como lengua empleada en la enseñanza, para usar el español. Lo que está realizando Varela, al revolucionar los métodos de enseñanza, y al iniciar en Cuba la

verdadera filosofía, es la transformación de la cultura cubana. Esta labor llega a su culminación en el curso de 1818 a 1819, cuando Varela sólo contaba treinta años de edad. De esta época datan las *Lecciones de Filosofía*, la más notable de sus obras didácticas, y la *Miscelánea filosófica*.

Asombra la actividad de Varela a tan temprana edad. A los treinta años había destruído el escolasticismo y desarrollado todas sus ideas sobre filosofía del espíritu y filosofía natural. Pero a estos empeños no se limitaba solamente su obra extraordinaria. Durante este período conquista justa fama en la oratoria sagrada, e interviene, a través de la Sociedad Patriótica de Amigos del País, a la cual es exaltado en 1817, en la gran tarea de mejorar la vida cubana en todos sus aspectos. Varela alcanza la madurez en plena juventud; casi pudiéramos decir que no tiene juventud, a menos que veamos ésta en ese ímpetu renovador que su modestia siempre supo disimular de tan hábil manera. Hay un hecho cierto: a los veintitrés años Varela está ya plenamente formado. Su posición filosófica y científica a esta edad ha de ser la misma que mantiene en todo el resto de su vida. El joven maestro separa las cosas divinas de las humanas: para llegar a las primeras no hay más que un camino, la fe: a las segundas, en cambio, es menester llegar por la razón y la experiencia. *Fides in divinis* —dice en sus *Institutiones Philosophiae*—*in humanis vero ratio et experientia sunt unica veritatis adquirendae media* (10). La frase tiene más de divisa que de cifra y compendio de su filosofía. Pero no es solamente el filósofo el que ha madurado. El hombre público, el político que hay en Varela, nos revela también a esa edad la que ha de ser su inquebrantable posición futura. Es con motivo del sermón que pronuncia en vísperas de las elecciones de 1812. Su primera proyección política, en lo esencial, ha de mantenerse sin alteración durante toda su vida:

La religión—dice Varela en su discurso—es la base y cimiento del suntuoso edificio del Estado, y éste cae envolviendo en sus ruinas a los mismos que lo habían fabricado, luego que la impiedad y la superstición, dos monstruos formidables, llegan a minar y debilitar aquel apoyo (11).

---

(10) Rodríguez, ob. cit., p. 29.
(11) *Ibid.*, p. 44-45.

Y más adelante, sin proponérselo, formula también la divisa de su política: "no consideréis otra cosa que el bien de la patria, —dice— y para conseguirlo, haced que la palabra de Dios sea la luz de nuestro camino" (12). He aquí donde se vinculan en el padre Varela la religión y la política.

El restablecimiento del régimen constitucional en España en 1820 fué un hecho decisivo en la vida del padre Varela. El destino del sabio sacerdote aparentemente ha de ser desviado; en realidad, se reafirma en su curso. Es inadmisible considerar a Varela aceptando a regañadientes su papel político (13). Es cierto que el obispo Espada ejerció en Varela saludable influencia; pero no puede aceptarse que le impusiera compartir la carrera política con la carrera religiosa. No se compagina con esta actitud la fervorosa y cálida despedida de Varela antes de partir para las Cortes españolas de 1822, y su intensa actuación en las mismas. ¿Se frustraba un maestro, se malograba la carrera de un joven excepcionalmente dotado para la Filosofía y la investigación científica? Varela se limitaba a responsabilizarse con su propia vida. No era un intelectual de torre de marfil, balconizado ante la realidad que vivía en gesto indiferente; no era tampoco un sermoneador de oficio, un moralista al margen de la vida, un teorizante de una cívica sin aplicación. Era todo lo contrario: un hombre que sólo sabía vivir de acuerdo con su pensamiento. De nada vale un hermoso ideario cívico si no le acompaña una hermosa conducta; de nada vale una profesión de sacerdote sin una vida evangélica que le dé realce. Contra los simuladores estuvo siempre Varela. Su destino lo llevaba a la política española. Lo arrastraría a un torbellino de pasiones desatadas. De todo esto le quedaría la experiencia dolorosa de lo que podía esperarse de la España absolutista, y la justa alegría—única almohada de paz en su destierro—de haber cumplido todos sus deberes.

La historia de esta segunda fase de la vida de Varela se resume en tres fechas: el 18 de enero de 1821 el padre Varela dicta la lección inaugural de la recién creada cátedra de Constitución en el Seminario de San Carlos; el 3 de octubre de 1822 toma asiento en las Cortes y presta juramento como diputado de Cuba, después

---

(12) *Ibid.*
(13) *Ibid.*, p. 169-170.

de haber sido electo en marzo de 1821 y reelecto en noviembre del mismo año por haberse anulado las primeras elecciones; el 1 de octubre de 1823, restablecido el absolutismo en España por la intervención de la Santa Alianza a favor de Fernando VII, y condenados más tarde a muerte los diputados que habían votado la destitución del Rey, se abre para Varela el camino del destierro. A estos tres momentos se vincula toda su actividad política. En los mismos actuó con serenidad y alteza de miras, no dejándose dominar por las pasiones de las luchas sectarias ni por los intereses bastardos que hacían de los liberales españoles colonialistas reaccionarios. Su actuación como político no desmereció de su actuación como maestro y sacerdote.

Hoy se ha completado el perfil político del padre Varela. No basta ya verle como le vió José Ignacio Rodríguez en su simple proyección de liberal español. Hay que verle en la misma evolución de sus ideas políticas que van del más ingenuo posibilismo colonial al más decidido separatismo. A este nuevo Varela han contribuído las indagaciones de nuestros más distinguidos valeristas. José María Chacón y Calvo, desenterrando del Archivo General de Indias el preámbulo de la *Instrucción para el Gobierno de Ultramar*, cuyo articulado ya había encontrado Enrique Larrondo en el *Diario de La Habana*, nos ha dado a conocer el régimen autonómico que Varela deseaba para Cuba: Francisco González del Valle, descubriendo el dictamen redactado por Varela sobre el reconocimiento de la independencia de las Américas, documento al cual sirven de complemento las actas de los debates del mismo, también aportadas por Larrondo, nos permite reconocer en el padre Varela un estadista de primera categoría; Herminio Portell Vilá, en fin, ofreciendo la correspondencia entre Varela y Joel R. Poinsett, da pruebas rotundas de la convicción separatista del padre Varela y de sus ideas acerca de la posibilidad de anexar la isla de Cuba a los Estados Unidos. Así hemos llegado a comprender la extraordinaria personalidad política del padre Varela, precursor del ideal separatista cubano y ejemplo perdurable de amor a la patria y de ciudadanía responsable.

Pero volvamos a la tercera fase de la vida del padre Varela. Entre las balas que silbaron a su alrededor cuando escapaba en un bote del puerto de Cádiz para refugiarse en Gibraltar, Varela apren-

dió tanto de la política española como aprendió de filosofía el día de la genial pregunta de Escobedo. Ha dicho Gay-Calbó que el padre Varela al pisar la tierra británica de Gibraltar era ya separatista. Cierto que esta afirmación no puede probarse; pero también tenemos la misma convicción. De Gibraltar pasó a los Estados Unidos, país que le brindó albergue durante un destierro tan largo que sólo terminó con la muerte. Varela tenía entonces treinta y cinco años: había vivido la más hermosa mitad de su vida; la otra mitad, casi una mitad, debía transcurrir en el exilio. Un exilio lleno de preocupaciones y de actividades, de gozo de servir y de ser útil, pero a veces teñido con los tonos crepusculares de quien más de una vez sólo pudo reparar las injusticias humanas reafirmando su fe inextinguible en la inmensa y única justicia de Dios.

Las tres direcciones principales de la vida de Varela siguen ahora un desarrollo paralelo. El maestro no vuelve a los días luminosos e inquietos del Seminario de San Carlos, pero sigue pensando en la juventud, sobre todo en esa juventud cubana, a la cual consagra los mejores consejos de sus *Cartas a Elpidio*, como años atrás le había consagrado sus *Lecciones de Filosofía* y los demás libros de enseñanza que nunca cesó de mejorar. El político no escatima esfuerzo en su magna labor de preparar el futuro de Cuba. Ahora se vale del periódico. En las páginas de *El Habanero* podemos encontrar lo mejor del pensamiento político y del ideario cívico del padre Varela. Este papel político, científico y literario, prohibido en Cuba por las torpes autoridades coloniales, contribuyó a despertar la conciencia cubana. Esbirros a sueldo del Gobierno español pretendieron asesinar al noble sacerdote, pero Varela siguió adelante porque tenía el más profundo convencimiento de que ya su idea no podía ser asesinada. Varela lo dijo más de una vez: los hombres pueden ser asesinados; las ideas, nó; y la independencia de Cuba era ya una idea en marcha. El sacerdote, en fin, siguió librando batallas a favor de un cristianismo sin engaños y dió el ejemplo de una vida vivida de acuerdo con el más puro espíritu evangélico. A defender la religión, a librar la sociedad de la superstición, de la impiedad y del fanatismo, consagró la mejor de sus obras, las *Cartas a Elpidio*. Varela las escribe muy cerca ya de los cincuenta años. Son frutos de una madurez espléndida. Ni los años, ni los sufrimientos han ablandado su espíritu de lucha.

Ha tenido que dar algunos palos a un lado y a otro. "Quisiera —dice—que hubieran sido más flojos; pero estoy hecho a dar de recio y se me va la mano" (14).

***

Hemos apuntado ya la evolución de las ideas políticas del padre Varela. Conviene que insistamos sobre este punto. Varela comenzó a manifestarse en política como un liberal español. Su amor a Cuba fué originariamente una forma de provincialismo, una manifestación de su amor al suelo donde había nacido y a la tierra donde se había formado y donde habían echado raíces sus primeros afectos; pero un amor que no excluía el amor a la España grande, a la España que llegaba hasta donde llegaba su lengua, su religión y su cultura, sino que, por el contrario, se completaba en ese amor amplio y entusiasta por la patria grande. El Varela que pronunciaba el sermón con motivo de las elecciones de 1812 era un liberal español; era un liberal español el Varela que explicaba a la juventud habanera los artículos de la Constitución de 1812; y era un liberal español el Varela que cruzaba el Atlántico, pero lleno ya de la santa pasión que todo americano siente por la libertad, para cumplir el mandato de su isla idolatrada. En esta posición política el padre Varela recorrió toda la gama del posibilismo colonial. Fué del posibilismo mínimo o simple reformismo al posibilismo máximo o régimen de la autonomía colonial. Varela creía en España, creía en su justicia. Estas ideas iban a sufrir su prueba definitiva en la experiencia de las Cortes de 1822. Varela aprendería en esa breve y agitada etapa de su vida todo lo que podía esperarse, no solamente de los absolutistas españoles, sino de los mismos liberales.

Abogó Varela en las Cortes españolas por la abolición de la esclavitud y vió como su proyecto se estrellaba contra los intereses de los negreros bien respaldados en las mismas; presentó un proyecto de autonomía colonial y pasó por el dolor de ver a titulados liberales, como Agustín Argüelles, combatiéndolo en nombre de un colonialismo reacionario; defendió, en fin, con gran visión de estadista, la necesidad de que España reconociera la independencia de América, y vió triunfar la ceguera política de la Metrópoli

(14) *Cartas a Elpidio.*

con un "no ha lugar a votar sobre el dictamen". Esta fué la experiencia del padre Varela en las Cortes de España. Por sí sola hubiera bastado para determinar un cambio radical en sus ideas. A la misma hay que añadir la de los sucesos que determinaron la disolución de las Cortes y la restauración del absolutismo en España. El padre Varela y los demás diputados que votaron la proposición de Alcalá Galiano, declarando la incapacidad de Fernando VII y sustituyéndolo por un Consejo de Regencia, fueron condenados, como reos de un delito de lesa majestad, a la pena de muerte. Así dejó de ser Varela un liberal español para reafirmar su americanismo fervoroso, para convertirse en un defensor incansable de la libertad americana, y así vió cómo su amor a Cuba, no incompatible en los primeros momentos con su amor a España, se convertía en justa y sincera pasión de independencia.

En *El Habanero* está todo el credo separatista del padre Varela. Apenas llegado a los Estados Unidos, el ex-diputado a Cortes fundó este periódico para seguir defendiendo sus ideales políticos. He ahí una prueba más de su temperamento y de su vocación política. Un Varela a quien nunca le hubiera interesado la política, después de su experiencia de las Cortes se habría alejado definitivamente de aquélla. De 1824 a 1825 salieron los números de este cubanísimo periódico, y de esta misma época data lo mejor de su correspondencia sobre asuntos cubanos. Las ideas políticas de Varela correspondientes a esta época estan expuestas con su acostumbrada claridad. "Yo opino—dice en el segundo número de *El Habanero*—que la revolución, o mejor dicho el cambio político de la isla de Cuba, es inevitable" (15). Varela ha de convertirse en el principal propagandista de la idea revolucionaria, en el apóstol del separatismo, y ha de influir con sus escritos en la conciencia cubana de la época más que el mismo José María Heredia con sus versos inflamados.

Su visión del momento no pudo ser más justa, si exceptuamos que Varela tal vez sobrestimó la ayuda colombiana y la posibilidad de una invasión de Cuba por tropas de este país. Sin embargo, si este fué un error, en este error cayeron todos los hombres de la época. Pero Varela estuvo acertadísimo en sostener que la independencia debía lograrse por medio de la revolución producida

(15) *El Habanero*, núm. 2, p. 62.

dentro de la Isla. El sabio sacerdote combatió inteligente "a los que de buena fe quieren esperar de los extranjeros lo que sólo deben esperar de sí mismos" (16). Y como si adivinara el destino de Cuba, escribió estas palabras proféticas:

Los enormes gastos, y lo que es más, el sacrificio de hombres que necesariamente ha de hacer la nación invasora, necesitan una recompensa, y una recompensa que la necesidad y la gratitud llevarán mucho más allá de los límites de la obligación (17).

¡Qué admirable línea política la que trazan estas sabias palabras! Muchos años después esta misma advertencia de Varela debía resurgir en aquel grito desesperado de Antonio Maceo, ante los peligros de la ayuda americana: "mejor es subir o caer sin su ayuda que contraer deudas de gratitud con un vecino tan poderoso" (18).

Este fué siempre su punto de vista:

Todas las ventajas económicas y políticas—afirmaba—están en favor de la revolución hecha exclusivamente por los de casa, y hacen que deba preferirse a la que pueda practicarse por el auxilio extranjero (19).

El padre Varela consideraba, ante el triunfo inminente de la independencia americana y ante los errores reiterados de la política española, que no había para Cuba otra solución que la independencia.

Cuando una sociedad—dice en su diálogo entre un español partidario de la independencia de la isla de Cuba y un paisano suyo anti-independiente—es bastante numerosa para constituir un cuerpo político y las circunstancias exigen que lo constituya, tiene un derecho a hacerlo y mucho mas, si la naturaleza favorece este designio por la misma situación y proporciones del país. En tales circunstancias—añade—un pueblo entero jamás es revolucionario, lo son sus opresores (20).

Para Varela, la independencia de Cuba "no es un objeto de elección, sino de necesidad, pues un hado político la decreta" (21).

Por supuesto que tales ideas atrajeron todos los odios de la

---

(16) *Ibid.*, núm. 3, p. 100.
(17) *Ibid.*
(18) A. Maceo, *De la Campaña*, p. 59.
(19) *El Habanero*, núm. 3, p. 106.
(20) *Ibid.*, p. 119.
(21) *Ibid.*, suplemento, p. 49.

reacción sobre Varela. El Gobierno español persistió en defender una causa perdida, y los representativos de los grandes intereses cubanos actuaron de acuerdo con sus conveniencias. Pero Varela no se arredra ni ante la persecución de *El Habanero* ni ante el peligro de ser asesinado, si no tiene otro camino que atacar la causa de un gobierno para sostener, como sostuvo, la causa de un pueblo.

¿Se dejó influir el padre Varela por los que en su tiempo defendieron la solución anexionista? Así lo sugiere con ciertas reservas Herminio Portell Vilá, quien afirma que el ideario político del padre Varela "fué del autonomismo a la independencia de Cuba con transitoria consideración a un tipo especial de anexión a los Estados Unidos" (22). Esta tesis, sin embargo, debe ser objeto de atenta consideración. Nosotros entendemos que el padre Varela jamás aceptó la solución anexionista: su ideario político evolucionó simplemente del posibilismo reformista o autonomista al separatismo. En *El Habanero* está perfectamente definido el anti-anexionismo del padre Varela. "Yo soy el primero—afirma—que estoy contra la unión de la Isla a ningún gobierno" (23). Ahora bien, Portell Vilá funda su afirmación en las cartas que escribió el padre Varela a Joel R. Poinsett, decidido partidario de la anexión de Cuba a los Estados Unidos. En estas cartas Varela opinaba sobre esa debatida solución a los problemas políticos cubanos. Pero esta respuesta, a nuestro juicio, implica una ratificación de la doctrina separatista de Varela. El sabio sacerdote comienza por afirmar que ya de España nada hay que esperar. El pensamiento de Varela se proyecta a favor de la creación en Cuba de un Estado nuevo. "Yo deseo considerar—le dice a Poinsett en la segunda de las cartas—todo este asunto en relación con la independencia" (24). Y añade:

> El partido más fuerte que existe entre los independientes de la Isla está porque ella se constituya por sí sola, o que en caso de agregarse a alguna nación, sea a estos estados, no formando propiamente uno de ellos, sino mirándolos como nación protectora, y estableciendo pactos políticos y mercantiles ventajosos a ambas partes (25).

La palabra que puede inclinar a la tesis de Portell es la palabra "agregarse", pero Varela aclara el punto: "no formando pro-

---

(22) *Revista Cubana*, vol. I, p. 247.
(23) *El Habanero*, núm. 3, p. 104.
(24) *Revista Cubana*, vol. I, p. 256-257.
(25) *Ibid.*, p. 258-259.

piamente uno de ellos". Lo que está defendiendo el ilustre patriota es la soberanía de Cuba. En la anexión no hay más que un estado soberano, no puede haber coexistencia de dos soberanías. Lo que sí es un acierto de nuestro brillante historiador es descubrir en esta fórmula política de Varela un inicio de *zollverein*. Pero un *zollverein* que siempre implica un peligro de absorción por la nación más poderosa y la más rica, exige la existencia de estados independientes, y así no entendían la anexión los cubanos que de buena fe en esa época propugnaban la unión de Cuba a los Estados Unidos, como un remedio a los males del coloniaje hispánico.

***

En la vida pública de este sacerdote hunde sus raíces el más hermoso ideario cívico que hemos tenido antes de que José Martí nos ofreciera el suyo. ¡Qué catecismo para nuestra juventud pudiera formarse con el mismo! Pero no hemos sabido difundir los pensamientos de Varela. Del padre Varela los cubanos conocen el nombre, si es que lo conocen. Deberían conocer su vida para que imitarán la ejemplaridad de la misma; deberían conocer su obra, para que comprendieran la gran influencia que ejerció en nuestra historia y la que aún puede ejercer todavía. Porque el ideario cívico de Varela tiene plena vigencia. Es cierto que ha transcurrido más de un siglo. Hemos visto la tesis separatista de Varela abrirse un camino de laureles y sangre. Hemos visto derrumbarse torres muy altas que se levantaron sobre una base de ignominia y de crimen. El carro de la patria ha seguido adelante. Nuevas inquietudes y nuevas angustias han sacudido los pueblos del orbe. Cierto todo eso. Pero cierto también que Cuba sigue siendo tan bella en lo físico como desdichada es en lo moral, y que nuestros males y flaquezas de hoy, son los mismos males y flaquezas que denunciaba el padre Varela con ese acento apostólico y ese amor a la verdad que de tiempo en tiempo aparecen en esos hombres genuinamente representativos que a costa de mucho amor y de mucho sacrificio son capaces de salvar una época o redimir un pueblo.

Encabezando el ideario cívico del padre Varela podría ponerse esta frase que sacamos del primer artículo de *El Habanero*: "La Patria a nadie debe. Todos sus hijos la deben sus servicios" (26).

---

(26) *El Habanero*, núm. 1, p. 5.

El profesor del Seminario de San Carlos nos ha dejado una doctrina completa del patriotismo. Esta doctrina se encuentra desarrollada en sus *Lecciones de Filosofía* y completada en numerosos pasajes de distintos escritos, como el ya mencionado de *El Habanero*. Sobre todo ese primer artículo, *Máscaras Políticas*, contiene aportes muy valiosos. Toda su doctrina del patriotismo, como toda su doctrina de la religión, descansa en el supuesto de que hay buenos y falsos patriotas, buenos y falsos religiosos. A los falsos patriotas Varela los suele llamar traficantes de patriotismo.

Patriotas hay (de nombre)—dice refiriéndose a los mismos—que no cesan de pedir la paga de su patriotismo, que le vociferan por todas partes, y dejan de ser patriotas cuando dejan de ser pagados (27)... ¡Cuánto cuidado—exclama—debe ponerse para no confundirlos con los verdaderos patriotas! (28).

Varela vive en perpetua batalla contra toda forma de engaño. Si le ha salido al paso a la simulación religiosa, ahora le sale al paso a la simulación política. Porque el patriotismo—dice—"es una virtud cívica, que a semejanza de las morales, suele no tenerla el que dice que la tiene, y hay una hipocresía política mucho más baja que la religiosa" (29). En esta lucha contra el engaño y los simuladores Varela pone su mayor energía. A veces, en efecto, son los mercaderes del patriotismo los que triunfan, "los que venderían su patria si les dieran aún más de lo que reciben de ella" (30). Y esta triste realidad, este triunfo de la ignominia, descorazona cuando no subleva. Pero Varela sabía que los patriotas fingidos sólo triunfan momentáneamente; triunfan en política, pero jamás pueden triunfar ante la historia. Porque "no es patriota el que no sabe hacer sacrificios en favor de su patria" (31), el que no se despoja de todas sus vanidades y ambiciones, el que no cambia el falso relumbrón de la pechera enmedallada por la gloria de servir y de ser útil, el que no vive ese sentido de sacrificio y ese sentido de agonía y deber, —en el fondo uno mismo—que tiene la patria para hombres de la calidad excepcional de Varela y Martí.

Si el padre Varela sentía el patriotismo de esa manera, nada

(27) *Lecciones de Filosofía*, p. 292.
(28) *Ibid.*
(29) *Ibid.*
(30) *Ibid.*
(31) *Ibid.*

más lógico que considerara la indiferencia como el mayor de nuestros males. ¡Con qué dolor, a más de un siglo de distancia, podemos repetir que aún lo sigue siendo! De pecado político casi universal (32) califica Varela este mal de los cubanos.

> Todos han creído—dice—que con pensar en sus intereses y familia han hecho cuanto deben, sin acordarse de que estos mismos objetos de su aprecio siguen la suerte de la Patria, que será lamentable si no toman parte en ella los hombres que pueden mejorarla y aun hacerla feliz (33).

El ilustre sacerdote excita a todos los cubanos honrados a participar en los asuntos públicos. ¿Cómo puede compaginarse con esta actitud la falsa imagen del Varela refractario a la política, a la buena política? Porque Varela comprende que si los hombres de provecho, los verdaderos patriotas, "no toman parte en todos los negocios públicos con el desinterés de un hombre honrado" (34), acabarán por abandonar el campo para que puedan enseñorearse del mismo

> cuatro especuladores y alguna chusma de hombres degradados, que sin duda se animarán a tomar la dirección del pueblo si encuentran una garantía de su audacia en la inoportuna moderación de los hombres de bien (35).

El mismo problema de hoy. Las palabras del padre Varela parecen dirigidas a muchos de los cubanos de nuestra época, que se abstienen de participar en los asuntos públicos, ya por un sentimiento de asco político o ya por un convencimiento de imposibilidad de actuación, con lo que no hacen otra cosa que empeorar la situación presente, ya demasiado mala de por sí.

¡Con cuánta razón se duele Varela que no haya en la Cuba de 1824 opinión política, sino tan sólo opinión mercantil (36), y con cuánto dolor podemos hacer nosotros la misma observación en nuestros días! "En los muelles y almacenes—afirma Varela— se resuelven todas las cuestiones de Estado" (37). Y reconociendo la importancia del factor económico en la historia dice más adelante,

---

(32) *El Habanero*, núm. 2, p. 59.
(33) *Ibid.*
(34) *Ibid.*, p. 58.
(35) *Ibid.*
(36) *Ibid.*, núm. 1, p. 16.
(37) *Ibid.*

en el mismo artículo de *El Habanero*, hablando del estado de la isla de Cuba: "Sólo el ataque a las bolsas puede alterar el orden político de la Isla" (38). Porque Varela observa que en la isla de Cuba "no hay amor a España, ni a Colombia, ni a México, ni a nadie más que a las cajas de azúcar y a los sacos de café" (39). Frente a este cuadro de grandes intereses económicos dominantes, Varela aspiraba a que en Cuba se formara una conciencia y una opinión política. No pretendía sustraer la historia del influjo económico, y lejos de eso, sabía hasta donde podía aprovecharse revolucionariamente ese influjo; pero entendía que los ideales políticos cubanos, el futuro y el progreso del país no debían depender de los especuladores ambiciosos que están siempre dispuestos a sacrificar los intereses generales a sus propios intereses.

Este ideario cívico de Varela, del cual no hemos hecho más que entresacar y comentar algunos de sus pensamientos, se apoya en la propia limpieza de su vida. Sin conducta cívica—repetimos—no hay ideario cívico. Varela estuvo apuntando siempre hacia la formación de la conciencia política cubana. Fué dos veces maestro: si comenzó modelando el alma individual, acabó modelando el alma de su pueblo. Su obra y su espíritu reviven en la obra y en el espíritu de José Martí. Creó el ideario de una Cuba independiente. Puso en el corazón de los cubanos la esperanza de una patria nueva. Y enseñó a los cubanos que esa patria nueva sólo podía conquistarse por medio de la revolución hecha desde dentro. Nada tan lejos aparentemente del sacerdote como el revolucionario, y nada tan cercano. Varela no se considera a sí mismo revolucionario, pero, si "para los déspotas es revolucionario todo el que propende al bien de los pueblos y resiste a su opresión", acepta con orgullo este título. En el fondo Varela, a través de su prédica política de *El Habanero*, no hace otra cosa que preparar la revolución. No es solamente el gran doctrinalista de nuestras libertades públicas, como lo llama Chacón y Calvo con indudable acierto; es también el forjador del espíritu revolucionario en Cuba. ¡En Las Guásimas y en Mal Tiempo está triunfando también el pensamiento de Varela!

***

---

(38) *Ibid.*, p. 17.
(39) *Ibid.* p. 18.

A un hombre se le mide por su influencia inmediata y por su influencia distante. En la primera mitad de la pasada centuria Varela fué uno de los principales protagonistas de nuestra historia. Bastaría recordar los nombres de sus discípulos. Si Varela recogió y acrecentó el legado del presbítero José Agustín Caballero, la herencia de Varela la recogieron los Saco, los José de la Luz y Caballero y los Escobedo. Merecer el nombre de maestro es la gloria mayor a que puede aspirarse; ser llamado maestro por discípulos de la calidad de los citados es una gloria que ya no puede superarse. Esa fué la gloria del padre Varela. El torbellino político que lo arrastró no hizo otra cosa que añadir un nuevo resplandor a esa corona. Tal fué su influencia inmediata. De su influencia distante no puede desgraciadamente decirse lo mismo. Varela—conocido de los investigadores y de los estudiosos— es desconocido fuera de ese círculo minoritario. La mayoría de los cubanos no lo conocen. Vuelvo a decir que éste es un crimen imperdonable, aún cuando es justo también reconocer que hay ya manifiestas señales de enmienda. Para mí, el propósito a cumplir no puede ser más claro. Si de veras queremos ser fieles a la memoria de Varela, si queremos honrarlo con ese homenaje que va más allá de la palabra, popularicemos a Varela, pongamos a nuestro pueblo y en particular a la juventud en contacto con sus enseñanzas, y hagamos de su ideario una reserva espiritual de nuestro pueblo y una fuerza capaz de redimirlo y de orientarlo.

Porque sólo así el padre Varela, que no tuvo otra aspiración que la de ser útil a sus compatriotas, seguirá siendo útil a esta Cuba que aún lucha por superar sus taras coloniales, y por alcanzar para sus habitantes, con todos los dones del progreso, la felicidad y la justicia.

NOTA.—Al entrar en prensa este *Cuaderno* ya ha comenzado a cumplirse el deseo que reiteradamente expresara, en 1942, el autor de esta conferencia, respecto a una mayor divulgación de la obra del P. Varela. La Universidad de La Habana ya ha reimpreso la *Miscelánea Filosófica* y las *Observaciones sobre la Constitución política de la Monarquía española*, y prepara la reimpresión de *El Habanero*.

La idea teológica en la personalidad del Pbro. Félix Varela

por Domingo Villamil

Vivit post funera virtus.

I.

DETERMINACIÓN DE LA CUESTIÓN.

Nuestro querido amigo el doctor Emilio Roig de Leuchsenring me ha comprometido con sus apremios cariñosos a venir aquí esta tarde para conversar unos minutos con vosotros acerca de las manifestaciones del pensamiento teológico en la vida y la obra del padre Félix Varela. He cedido al cabo, amigos míos, porque sin exponerme a parecer soberbio y malagradecido no podía seguir negándome a complacer a quien con tanta insistencia y de tan señalada manera se obstinaba en honrarme; no porque tenga la presunción de figurarme que no hay en Cuba personas mucho mejor dotadas que yo para hacer ese examen y esa exposición, y para deducir de ellos ejemplos, enseñanzas, aplicaciones y orientaciones provechosas para el individuo y para la sociedad religiosa y la sociedad civil, en estos tiempos catastróficos de la agonía del monstruo de la civilización moderna.

Admiramos la grandeza de alma del humilde sacerdote; la ejemplaridad indiscutida de su vida sacerdotal; su concepto de la personalidad humana y el valor con que se irguió en defensa de sus derechos congénitos, su espíritu liberal y la generosidad de sus sentimientos, la elevación de sus ideales; su devoción a la causa de la justicia; su energía frente al déspota, al prepotente y al procaz; la buena ley de sus virtudes, el ascendiente que tuvo sobre sus

discípulos y sobre cuantos tuvieron la fortuna de tratarle, la estela de luz que dejó su paso por la tierra; todo, en fin, lo que hay en él de grande y hermoso. Pero no conoceremos el principio animador de todo eso mientras no se dilucide si es verdad que fué tan antiescolástico como se nos viene asegurando y si su pensamiento filosófico-teológico se resintió de esas opiniones que han venido a constituir con el decursar del tiempo el conjunto de herejías que hoy se denominan modernismo teológico, especie, en último análisis, de neo-sincretismo alejandrino que con la Nueva Academia niega, o pone en duda, la certidumbre objetiva del conocimiento, y por esa vía naturaliza, humanizándolo, todo el orden sobrenatural.

Es necesario, por consiguiente, examinar su verdadera posición frente a la escolástica, lo que nos permitirá saber lo que profesó y lo que no profesó en materia de Filosofía, el valor de sus ideas filosóficas y las latentes potencialidades de éstas para el bien o para el mal en los dominios de la religión y la moral. Este conocimiento de sus convicciones filosóficas nos permitirá fijar, a su vez, la índole de las relaciones entre esas convicciones y sus convicciones teológicas; es decir, si se da entre ellas armonía u oposición; si el dogma católico es compatible con su filosofía; si sobre su pensamiento filosófico pueden sostenerse sus creencias dogmáticas; si en las ideas que profesó en Filosofía no está contenida virtualmente la negación del dogma que como sacerdote ejemplar y profundo creyente profesaba y hasta la de toda la Filosofía La determinación de esa relación nos permitirá juzgar si se dan en él las premisas filosóficas de la tesis modernista en Teología, y si esas premisas, caso de encerrarse en su ideología filosófica, transcendieron directamente, en su pensamiento, en su conducta y en sus obras, a la dogmática católica y la afectaron en alguna forma, dándole sabor modernista, o de otra suerte heterodoxo, a su teología y a su vida.

Sólo por medio de este estudio podremos poseer un conocimiento ilustrado del auténtico pensar filosófico-teológico de este cubano eminente y de la calidad de su teología apologética, dogmática, ascética y moral; de la influencia de sus convicciones religiosas en su vida y de la manifestación de este principio en sus obras; en fin, de su integral personalidad en lo verdaderamente fundamental.

Ya comprenderéis, amigos míos, que dentro de los límites de

una disertación como esta no cabe el estudio exhaustivo, es decir, pormenorizado, completo y definitivo, de este tema, que, como yo lo veo, en sí mismo y en sus relaciones, se presenta, por un lado, vasto, profundo y complejo, y por otro, muy superior a las fuerzas de mi escasa minerva y de imposible tratamiento cabal sin previo y detenido estudio, que yo no he podido hacer, de todo lo que escribió Varela y por lo menos de lo más notable que acerca de él han escrito plumas autorizadas. Tendré, pues, que limitarme a examinar este programa en rápida ojeada general y no ciertamente *sine formidine errandi*, lo que hará más bien de mi trabajo una somera indicación de lugares para el estudio, por personas más capacitadas que yo, del interesante tema que me ha indicado el doctor Roig.

II.

IDEA GENERAL DE LA ESCOLÁSTICA DE GRAN ESTILO

La nota individuante de la filosofía escolástica, su idea fontanal, su principio cardinal absolutamente primario, lo que eminentemente y de manera inconfundible la caracteriza es el esfuerzo de los poderosos entendimientos que la forjaron por conciliar la Filosofía y la Teología, mal avenidas, sobre todo en la escuela africana, durante la época patrística. O dicho en otros términos, consiste la filosofía escolástica en el propósito de los más profundos pensadores que jamás hayan existido, de determinar la verdad filosófica para establecer y mostrar con su auxilio la armonía que existe entre la razón y la fe, y la credibilidad del dogma expreso en los símbolos; la compatibilidad de la verdad dogmática, emanada de la Revelación, con los dictámenes de la Filosofía, emanados de la recta razón, o lo que es lo mismo, procedentes de la sana razón en cuanto investiga por sus propias fuerzas las causas y las relaciones absolutamente primarias, incondicionadas y supremas de todo lo que existe. Es decir, amigos míos, que la filosofía escolástica investiga la verdad filosófica, no la teológica, y, con su auxilio, sienta los fundamentos racionales de la creencia, porque fija la relación de profunda armonía que existe entre la razón humana en cuanto estudia por sus propias luces la naturaleza, las causas fundamentales, las relaciones y los fines de los seres, en los dominios de los tres

grandes objetos del pensamiento, —el mundo, el hombre y Dios— distribuidos en las seis disciplinas que integran la enciclopedia filosófica (*Filosofía*), y la verdad revelada, según está expresa en la dogmática extraída de la Sagrada Escritura por los Padres de la Iglesia y por ellos elaborada, formulada en símbolos y dispuesta para ser organizada y presentada en forma sistemática, o lo que es igual, para ser constituída en ciencia (*Teología*).

Como consecuencia de esta relación hondamente armónica que entre sí mantienen la genuina Filosofía, la *Philosophia* que Leibniz llamó *perennis*, y la Teología, la filosofía escolástica proporciona a ésta las luces de la razón para el esclarecimiento, la exposición y la defensa del dogma; para que la fe sea, como lo pedía el Apóstol, "obsequio racional", porque la fe, amigos míos, y ya lo decía San Agustín, se genera, nutre, defiende y robustece por la ciencia. *Per scientiam gignitur, nutritur, defenditur, roboratur.* La teología escolástica, a su vez, proporciona a la Filosofía las luces de la Revelación para el esclarecimiento, o para la más profunda comprensión de las especulaciones de la razón filosófica, sin que esto signifique, por supuesto, que ésta depende de la revelación en sus razonamientos y conclusiones.

De suerte que ambas ciencias marchan paralelas y se asisten recíprocamente, pero sin confundir sus esferas y sin invadir sus respectivas jurisdicciones. No puede, pues, decirse, sin gravísima impropiedad, que el escolasticismo sea, *ex natura sua*, una fusión de la religión católica y la razón humana. Porque establecer la relación entre dos órdenes diferentes de verdades, mostrar las coincidencias que entre ellas se dan, poner de relieve las verdades de uno de los órdenes y demostrar con sus luces las verdades del otro, servirse de las verdades de éste para iluminar a su vez las verdades de aquél, eso no fusiona los dos órdenes en un solo y mismo ser lógico y ontológico, ni anula el valor objetivo independiente de la Filosofía, ni el uso autónomo de la misma, por mucho que la causa final de la especulación filosófica sea, en los grandes escolásticos, la ilustración de la verdad dogmática y no la mera posesión de la filosófica; ni autoriza, por consiguiente, para confundir dos órdenes de conocimientos, dos ciencias *toto coelo* distintas por su objeto material.

No tiene la menor idea de lo que es el escolasticismo quien

desconozca todo esto, ignore el valor inmenso y perdurable de la especulación de los gigantes que forjaron el sistema y no sepa que el organismo científico de la filosofía escolástica estuvo integrado en todo momento por un conjunto de escuelas unidas entre sí por el lazo de su común derivación cristiana y del fin perseguido, pero en el cual la filosofía del Liceo no fué, y no es en la actualidad, más que un elemento. Porque junto con ese elemento, especialmente con la lógica, la psicología y la ontología del Estagirita, están representados en ese organismo elementos platónicos y de otras filiaciones hostiles al gran filósofo de Estagira.

Debe saberse que durante algunos siglos predominó sobre el elemento aristotélico la filosofía del Platón cristiano, San Agustín; que hasta el advenimiento de Tomás de Aquino, el más egregio filósofo de todos los tiempos, a quien se debe la introducción formal de la razón en el campo de la Teología, la conciliación definitiva y profunda de la razón y la fe, de la revelación judeo-cristiana y el humanismo helénico, no triunfó definitivamente en la filosofía escolástica el elemento aristotélico; que el aristotelismo tomista no es en manera alguna el de Aristóteles adoptado incondicionalmente, sino un Aristóteles depurado, rectificado, ampliado y completado, del cual se acepta lo que acuerda con la sana razón y se desecha lo que discuerda, como tampoco es un Platón aceptado incondicionalmente el Platón del grande hombre que por la profundidad de su mirada filosófica y por el altísimo vuelo de sus privilegiado entendimiento llaman en las escuelas "El Aguila de Hipona".

También debe saberse que la incorporación definitiva del elemento aristotélico no excluyó otros elementos, ni produjo la pérdida de una sola de las verdades invenidas por los antiguos escolásticos, y que le dió en cambio a la escolástica las bases racionales dialécticas, epistemológicas, lógicas y ontológicas que le eran menester para poder sostener victoriosamente la verdad dogmática contra los ataques de la razón. Le dió una razón depurada para combatir con ella a la razón extraviada.

Debe saberse, por último, que la tesis tomista fué impugnada durante mucho tiempo por los escolásticos antiaristotélicos o tradicionalistas; que, muerto ya el luminar de Aquino, el Obispo de París condenó varias proposiciones fundamentales de sus obras; que hasta mucho años más tarde, cuando ya se impuso la evidencia

de la verdad, no se levantó el entredicho establecido contra la filosofía tomista; que era sospechoso de herejía para los escolásticos tradicionalistas (*sapit haeresim*, como ellos decían) todo el que propugnaba el método peripatético; y, por fin, que no faltaron en la alta escolástica experimentadores y cultivadores de las ciencias naturales entre los cuales brillan Alberto Magno y Roger Bacon; y que ni el método de que se sirvieron, ni el lenguaje que emplearon los escolásticos, ni las soluciones de algunos de éstos en puntos de filosofía natural son condiciones esenciales del sistema, como se figura mucha gente.

Por lo demás el escolasticismo de buena ley no es otra cosa, considerado desde el punto de vista del método, que el esqueleto del razonamiento; a saber, el juicioso empleo del análisis y la síntesis sujetos a severísimas reglas de planteamiento, orden, examen, división, distinción y precisión de las tesis, hipótesis, cuestiones y términos a dilucidar; lo que naturalmente incomoda al sofista por el rigor implacable con que este método, árido pero revelador e inmisericorde, pone de relieve los vicios de sus raciocinios y sus artilugios antifilosóficos.

Créome en el deber de añadir, puesto que he nombrado a Roger Bacon, que cuando el padre Varela sostuvo que la experiencia del sentido externo y la inducción del dato experimental, y no el silogismo y las nociones *a priori*, son la *única* manera de saber, no dijo nada nuevo y no hizo más que repetir lo que un escolástico de rancia cepa, el citado Fray Rogerio, había sostenido ya cuando afirmó, a mediados del siglo XIII, y por consiguiente mucho antes que su cacareado homónimo Sir Francis,que la experiencia es, no sólo base, sino única base y único método científico que debe usarse en toda clase de ciencias, lo que naturalmente no impidió que él también raciocinase *a priori* y dedujese de principios generales como el padre Varela y cualquier otro mortal.

III.

DECADENCIA DE LA FILOSOFÍA ESCOLÁSTICA.

Llegada a su apogeo la filosofía escolástica en el siglo XIII con la estupenda síntesis de Santo Tomás de Aquino, filosofía de las filosofías, monumento imperecedero de arquitectura ideológica

que tanto honor tributa a las fuerzas del espíritu humano; logrado el magnífico fin de la escuela, consistente en mostrar que no existe una sola objeción contra la dogmática que no pueda ser desvanecida por la razón filosófica, iníciase la decadencia a principios del siglo XIV, prosigue de manera acelerada durante todo él y está ya consumada a fines del siglo XV.

Da sus frutos en este período de la decadencia el hipercriticismo de Juan Duns Escoto, *Doctor Subtilis*, en cuya filosofía se contienen, en estado más o menos latente, potencial o manifiesto, las direcciones idealistas, nominalistas, escépticas, sensistas y voluntaristas desenvueltas por su discípulo el *Venerabilis Inceptor* y *Doctor Invincibilis*, Guillermo de Occam, y precursoras, al través de la decadencia, de esa filosofía moderna que tan espantosa culminación ha tenido en la conflagración actual, cuyas llamas pavorosas, iluminando los grandes cementerios abiertos por la locura humana en todos los ámbitos del mundo, anuncian con sus rojos resplandores la reducción a pavesas del orden actual y el advenimiento de una nueva edad, que, si no mienten las señales, si no falla la lógica histórica, si no se da el absurdo de que sea el pasado abominable y no el porvenir amable lo que lleva en su entraña el presente trágico, será la edad de la restauración filosófica y de la síntesis social; la edad del pueblo, del derrocamiento definitivo de todos los tiranos y de todos los privilegiados; la edad de la hermandad y la justicia, del verdadero amor cristiano; la edad del Espíritu Santo prevista por el iluminado abad Joaquín en su profecía tricotómica del *El Evangelio Eterno* anunciado en su *Nuevo Apocalipsis* y en su *Psalterio de Diez Cuerdas.*

Suscitáronse entonces interminables y sutilísimas controversias con motivo de los principios y de las funestas consecuencias prácticas que producía la filosofía de los dos citados formidables demoledores. Por ese camino, con la cooperación de otras causas cuya enumeración me llevaría muy lejos, pronto paró la escolástica en el arte estéril de disputar por disputar, de la discusión sin otro fin que la discusión misma y la vanagloria, y el placer morboso de vencer y de humillar de todos modos, y por buenas o por malas artes, al adversario. Desentendióse así la dialéctica de la sana criteriología, e importándole poco la verdad, convirtióse, de *omnium artium aptissimum instrumentum*, como la llamara Occam, en medio y fin

de sí misma. Pulularon los ergotistas, las sutilezas, las cuestiones inútiles y hasta ridículas, como aquella de si un ente de razón podía engullirse a una mosca en los espacios siderales; las distinciones y subdistinciones, las divisiones y subdivisiones innecesarias, difíciles para el entendimiento y multiplicadas hasta lo infinito. Se usó y se abusó del silogismo y del procedimiento *a priori* como método exclusivo en todas las ciencias y cuestiones y se despreció el análisis y el método experimental aun en las ciencias y en las oportunidades en que era el indicado. Inspiraban aversión la Física y las Ciencias Naturales, se desprestigió la Metafísica, sobrevinieron infinidad de supersticiones y de místicas absurdas y quedó sumida la cultura en una verdadera algarabía intelectual y moral que se parece mucho a esta que ahora se liquida en sangre y lágrimas.

IV.

VARELA Y EL ESCOLASTICISMO.

Con las luces de esta idea general de lo que son la escolástica de gran estilo y la escolástica de la decadencia podemos determinar la posición del padre Varela frente a la escolástica.

Repito, amigos míos, que no conozco todas las obras del padre Varela. Pero las que por la bondad de mis amigos Emilio Roig, Francisco González del Valle y José Manuel Ximeno he podido examinar, aunque ese examen haya sido muy somero, me imponen el deber de discrepar del parecer de los que afirman, así, en términos rotundos, que el padre Varela fué enemigo declarado de toda escolástica. Formalmente escolástico está claro que no lo fué en Filosofía. Pero si por escolástica se entiende, como no puede menos de entenderse, la escolástica de altura, aquella que alcanzó la esplendorosa plenitud de su florescencia en el siglo XIII, cuya figura central y dominante es, sin disputa, Santo Tomás de Aquino, me parece que tenemos que reconocer que tampoco fué antiescolástico, porque esa es la filosofía que está sobreentendida en su espíritu cuando impugna a los profanadores de la Filosofía. Porque en lo que respecta a las grandes verdades primarias del orden natural, a esas que son inmutables y eternas independientemente de que el hombre las conozca o no, no hay más que una filosofía, la *Philosophia perennis;* y esa, como ya lo observó el genio de Leibniz y lo

proclaman unánimemente los ilustres pensadores que hoy la siguen, aplicando sus principios fundamentales a la solución de los problemas de actualidad en todos los dominios del saber y del obrar, es la de Santo Tomás de Aquino.

Aunque el padre Varela no se haya cuidado de precisar su posición haciendo formalmente las debidas distinciones, tócanos hacerlo a nosotros los que estudiamos su personalidad y lo que ella significa en la historia de la cultura de este país de sus amores.

Por lo que a mí respecta, me parece indudable que el padre Varela no se incorporó formalmente a la corriente universal antiescolástica. *Fué sólo relativamente antiescolástico.* Fué uno de los antiescolásticos moderados o eclécticos que por esa época combatieron a la escolástica decadente y las soluciones de la escuela en las ciencias naturales, conservando, ello no obstante, cierto fondo tomista.

Porque lo que Varela combatió no fué, ni pudo ser, tratándose de un hombre dotado de un entendimiento tan claro, la escolástica de gran envergadura, la que hermanó la razón y la fe y persiguió y practicó lo que él practicó y persiguió, sino la pseudo-escolástica del período de la degeneración. La misma, exactamente, que hoy repudiamos todos los tomistas, la misma que fué repudiada por los escolásticos que en el siglo XVI intentaron la restauración; la misma que hubieran repudiado, sin que pueda abrigarse sobre ello la menor duda, Santo Tomás y los demás grandes representantes de la escuela, cuyas obras son, por sí solas, una condenación de esos extravíos de los ergotistas y vanos disputantes de la decadencia. Tenedlo por seguro, porque en ningún momento faltaron en la escuela maestros eminentes , como Juan de Salisbury, que combatieron las fórmulas carentes de sentido práctico en Filosofía, los formulismos excesivos y las vanas cuestiones, que, ya en su época (siglo XII), mostraban algunos maestros y discípulos en su afán inmoderado de ejercitar el entendimiento y apurar el raciocinio hasta dejarlo totalmente agotado.

Esa pseudo filosofía, a pesar de los esfuerzos de algunos varones beneméritos del siglo XVI y parte del XVII, que restablecieron la filosofía de Santo Tomás, escribieron en estilo literariamente más elegante, descargaron la ciencia del fárrago de cuestiones inú-

tiles, reformaron el método y se esforzaron noblemente por restituirle a la escuela sus pasados esplendores, siguió aferrada, hasta la época misma en que vivió el padre Varela, a sus vicios tradicionales y a su actitud negativa frente a la Física y demás ciencias de la Naturaleza, cuyos descubrimientos y progresos no aceptó sino cuando ya no tuvo más remedio, como si la verdad filosófica del sistema hubiese dependido en algún momento de la exactitud de las conclusiones de la atrasadísima física antigua y medioeval, y como si el conocimiento más profundo del mundo físico no interesase mucho, no sólo al perfeccionamiento material del hombre, y al mejoramiento de las condiciones de vida, sino a su perfeccionamiento moral y a la misma verdad teológica.

Nada he encontrado en la obra del padre Varela que indique que no consideró cosa eminentemente racional y absolutamente necesaria para la Filosofía y para la Fe, para el individuo y para la sociedad religiosa y la sociedad civil, el gran pensamiento de la escolástica de altura; es decir, dejar perfectamente esclarecidas y firmemente establecidas las relaciones de honda armonía que entre sí guardan la verdad revelada y la razón natural.

"La santa religión y la amable filosofía—dice el pensador cubano—dadas las manos, observan desde el cielo este campo de dolor y compadecen la miserable suerte de los que, por no conocerlas, han creído dividirlas". Añade que es funesta desgracia esa de una religión irracional y de una filosofía irreligiosa, causa de los trastornos de los principios sociales y de la ruina de la sociedad; y afirma que aquella filosofía cuyo nombre profanaron los impíos corre sin desvío por la senda del saber advirtiendo hasta el más ligero precipicio, y que la religión aplaude la actividad humana y se gloría del progreso de las luces al mismo tiempo que señala al cielo donde nos promete una ciencia perfecta y un bienestar eterno, exhortándonos a todos a vivir como hermanos y adorar como creyentes para que cuando abandonemos este mundo nos reciba un sér inalterable. Este es, queridos amigos, el pensamiento fundamental de la gran escolástica y el objeto de la escuela.

Frases como esas se encuentran en el padre Varela cuantas veces invoca las luces de la razón para impugnar a los filosofastros e ilustrar y defender el dogma y los principios morales. Prueba esto que es la escolástica degenerada, la del lenguaje bárbaro, la

del método deductivo mal aplicado, la de las cuestiones inútiles y las vanas disputas, la de los principios falsos en las ciencias naturales, la enemiga de estas ciencias, la escolástica que él combatió. Pruébanlo también el respeto y la admiración con que se refiere constantemente a Santo Tomás de Aquino, sus referencias a "la acostumbrada claridad y precisión de sus demostraciones" y a "la fuerza de sus razonamientos"; las citas que de él aduce reiteradamente para ilustrar sus opiniones y para corroborarlas en puntos importantísimos con el argumento de autoridad y la advertencia que hace de que no debe confundirse a este santo doctor, y a otros hombres célebres, (esto es, a las grandes figuras de la escolástica de gran estilo), con "la multitud de los escolásticos" (esto es, con la turbamulta de los decadentes). Porque "son injustas — afirma el ilustre sacerdote a quien se nos viene presentando como un antiescolástico decidido e incondicional — las invectivas con que muchos quieren zaherir a maestros respetables a quienes siguen los escolásticos". Esos "maestros respetables" a quienes nos dice el padre Varela que se zahiere injustamente son las figuras próceres de la escuela; esa "multitud de los escolásticos" a que se refiere nuestro sacerdote es la integrada por los disputadores sin caletre en quienes en manera alguna puede verse a los legítimos representantes de la filosofía escolástica.

Confirma mi tesis el concepto que Varela da de la escolástica cuando nos dice que no es más que un conjunto de las doctrinas que se *atribuyen* a Aristóteles, aplicadas a las diversas ciencias, y lo que añade sobre sus reglas, su método y su lenguaje, que como antes dije, no son de la esencia del sistema. Este concepto de la escolástica es a todas luces inexacto, como lo acabamos de ver, si se quiere que se refiera a la escuela de los que él llamó "hombres célebres" y "maestros respetables" a quienes muchos se empeñan en "zaherir" injustamente. Es inexacto, digo, porque dicho queda que en la filosofía escolástica figuraron siempre elementos de todas las escuelas; que durante mucho tiempo predominó entre esos pensadores el augustinismo y que tampoco es exclusivamente aristotélica la filosofía del Aquinate; que no adolece ni de falta de plan, porque en todas sus obras el plan es siempre una maravilla de arquitectura ideológica; ni de cuestiones inútiles y superfluas, ni de lenguaje bárbaro e inelegante, porque el lenguaje de Santo Tomás es un dechado de pureza y de severa y elegante concisión. Cuando el

padre Varela habla de las doctrinas que se *atribuyen* a Aristóteles, se refiere al Aristóteles de la física experimental deficiente y al falsificado por los traductores y los comentaristas árabes, no al Aristóteles que se hizo traducir directamente del griego Santo Tomás de Aquino por el célebre helenista Guillermo de Moerbeck con el fin de trabajar sobre el texto auténtico. A éste, al legítimo Aristóteles, vuelven hoy en filosofía general los más eminentes pensadores y esto prueba el acierto con que Santo Tomás se percató del valor universal y eterno del pensamiento fundamental del Estagirita.

Aduciré ahora otra prueba extraída de la filosofía del padre Varela con el fin de confirmar mi tesis de que es la pseudo-escolástica y no la escolástica de gran estilo lo que él combate. Varela creyó con firme certidumbre en la existencia del alma, en su sustancialidad, simplicidad, espiritualidad e inmortalidad. Creyó que el entendimiento y la voluntad son potencias eminente y esencialmente características del alma. Creyó en la libertad del albedrío de la voluntad, en la consiguiente responsabilidad del alma por las infracciones de la ley moral, y en su destino final ultraterreno, eternamente feliz o desgraciado según haya sido el uso que hubiere hecho en esta vida de su inteligencia y de su voluntad libre. Esto, amigos míos, es profesar lo fundamental de la tesis escolástica en psicología y en moral. A pesar de la inconcebible filiación sensista del padre Varela en epistemología, error primario de donde dimanan la inseguridad y todos los errores y contradicciones de su pensamiento filosófico, carente de visión honda, de vuelos remontados y de todo valor, y aunque se encuentran en él lugares en que se muestra antimetafísico, lo cierto es que en otros lugares, percibida la verdad filosófica por la natural claridad de su entendimiento, e iluminado éste por la luz de la Teología, acepta y profesa las verdades cardinales de la tesis metafísica y se sirve de ellas, poniéndolas, *por una feliz inconsecuencia,* como base de sus más importantes enseñanzas morales, sociales, políticas y religiosas.

Se ostenta anti-aristotélico (seguramente que por los abusos que del *Organon* de Aristóteles hacían esos escolásticos de ínfima categoría a quienes combatía con tanta razón), y sin embargo admite que éste no tiene la culpa de la situación creada por esos abusos de su dialéctica. Impugnó el silogismo, y sin embargo reconoce que un silogismo bien formado es un buen discurso; que no puede

decirse que el silogismo sea por su naturaleza inexacto; que muchas veces evitó errores, y que tan mal hacen los que lo detestan en absoluto como los que quieren emplearlo siempre; y cayó, a su vez, en la exageración opuesta de darle preponderancia absoluta el método analítico, como consta que lo hicieron también algunos escolásticos. Fué sensista, y a pesar de considerar, aunque con error, a Aristóteles como padre del sensismo, se muestra, sin embargo, antiaristotélico.

Digo que considera con error a Aristóteles como padre del sensismo, porque Aristóteles no fué sensista. Para el sensista el conocimiento se reduce a la sensación. Nada que sobrepase la sensación es real. La sensación es la causa última del conocimiento. En ella se origina y se consuma éste. No hay más conocimiento que el que suministra la sensación. El *yo* es una colección de sensaciones. El filósofo del Liceo está muy lejos de profesar semejante doctrina. Para éste el conocimiento se *origina* en el sentido pero *no se consuma* en él, sino en el entendimiento mediante las especies sen ibles, los fantasmatas, las especies inteligibles y las operaciones del entendimiento posible y del entendimiento agente, por las cuales se lega al conocimiento de verdades universales, reales, objetivas, que transcienden el sentido. Su teoría del conocimiento está resumida en el conocido aforismo *Nihil est in intellectu quod PRIUS non fuerit in sensu.* En el *prius* está la diferencia. Por eso la verdad no es, para él, *adaequatio sensus*, sino *adaequatio intellectus et rei*. Como se ve, Aristóteles es racionalista, no sensista y empírico. Porque, como enseña con su acostumbrada maestría y profundidad el doctor aquinatense, siguiendo la gnoseología aristotélica, el entendimiento no puede conocer directamente lo singular, porque el principio de individuación es la *materia signata quantitate* y la materia no puede causar directamente el acto de una potencia espiritual.

V.

DOS ELEMENTOS ANTAGÓNICOS EN EL PENSAMIENTO FILOSÓFICO DEL PADRE VARELA.

Considero probada mi tesis: lo que en realidad combatió el padre Varela tan resueltamente fué la escolástica de la decadencia,

no la de la alta escuela, cuyo pensamiento fundamental profesa, cuyas tesis centrales comparte y son elementos de su pensamiento, y a cuyos grandes representantes rinde tributo de admiración. No fué, evidentemente, un pensador original ni profundo. Su pensamiento filosófico es superficial, inconsistente, inseguro y contradictorio, por causa, seguramente, de su gnoseología sensista. Paréceme, en último análisis, que lo que hay en su fondo es un ecléctico que no precisó su posición, y que no depuró ni sistematizó su pensamiento, y que éste presenta dos elementos antagónicos, a saber, la *Vera Philosophia*, esa "Amable Filosofía" que dijera él, la *Philosophia perennis* de que hablaba Leibniz—la de las tesis psicológicas, metafísicas y morales de los egregios Padres de la Iglesia y de los escolásticos de gran copete, la que brota del subconsciente de su espíritu y le inspira cuando ataca a los filósofos impíos y a toda laya de filosofastros—, y la gnoseología de los empíricos ingleses y franceses, recibida al través del mediocre Destut de Tracy, que él aceptó sin examinarla a fondo por su aparente sencillez y claridad, como lo hicieran antes y después que él muchos católicos, y que es positivamente incompatible con la tesis metafísica y con los dogmas de la religión. Porque con la gnoseología sensista, amigos míos, no hay verdad metafísica, moral y religiosa que pueda sostenerse, porque esa epistemología descansa en lo subjetivo y por ese camino conduce en derechura a la negación de la realidad objetiva del universal, que es negar la objetividad del conocimiento, la permanencia del principio y de la ley y la posibilidad de la ciencia; asentar sobre el terreno cambiante y movedizo de las emociones, las pasiones, las impresiones, los errores, los prejuicios y los intereses individuales los criterios intelectuales, morales y religiosos y en definitiva expedirle el *regium exequatur* de la razón al idealismo, al agnosticismo, al escepticismo, al nominalismo y a la anarquía.

Todas esas direcciones son elementos ínsitos en el contenido virtual del sensismo. A nadie debe extrañar, por consiguiente, que el padre Varela se haya mostrado formalmente nominalista, y que, en esa virtud, dando por evidente que lo más sencillo y expedito es lo verdadero, y sin reparar en las gravísimas consecuencias prácticas de lo que enseñaba—y en que se ponía en contradicción consigo mismo y con las tesis fundamentales por él profesadas, que constituyen el elemento básico, y al mismo tiempo sólido, de su pensamiento, y que son los supuestos filosóficos de su teología—,

sostuviese que los universales no tienen objetos existentes en la Naturaleza, y que sólo expresan la mera observación de cierto modo de operar común a muchos seres. Y porque en la Natutaleza no hay más que individuos, piensa el padre Varela, el universal no es más que un término que designa una clase que la mente forma. No teniendo, pues, objeto real, concluye el sacerdote cubano, no es posible que exista fuera de la mente.

Esta fué la vía por donde vinieron, en lo que a sus fundamentos filosóficos se refiere, la negación de la objetividad de la ley moral y jurídica; la moral independiente; el positivismo; el anti-intelectualismo; el voluntarismo y la filosofía del *dollar*, de la acción, de lo práctico y de la brutalidad; la resurrección del cesarismo, el Estado totalitario y tantas otras calamidades.

VI.

IMPORTANCIA PRÁCTICA DE LA CONTROVERSIA SOBRE LOS UNIVERSALES.

Para que veáis la tremenda importancia práctica de esta cuestión, tenida por superficial e inútil, os diré que ahora mismo el célebre biólogo Alexis Carrel, en su famoso libro *Man, The Unknown* (*El Hombre, un Desconocido*, libro peligroso que hay que leer con muchos distingos y salvedades) nos informa que la vieja querella entre nominalistas y realistas se reanuda hoy en las escuelas de Medicina. ¡Quién lo iba a pensar! Porque la medicina científica, dice Carrel, instalada en sus palacios y creyendo en la realidad de los universales, investiga tan sólo enfermedades, que son creación de la mente, y no enfermos, que son la única realidad. Explica por ese realismo la causa de muchos fracasos de la Medicina, y la desconfianza del público respecto de ella; y concluye que el médico ilustrado tiene que ser al mismo tiempo realista y nominalista, debiendo salir del mundo ideal, imaginario, en que vive, y estudiar a la vez la enfermedad descrita en los tratados y el individuo enfermo, que no está descrito en ningún tratado. Ya lo véis: Carrel se muestra en este punto auténtico tomista, porque esa es la solución del *realismo moderado* del filósofo de Aquino, que en ninguna parte nos ofrece soluciones eclécticas o sincréticas, sino siempre verdaderas síntesis de la realidad, y que, en este punto, puesta la mirada en la verdad objetiva, percibe la esencia universal

singularizada en el individuo concreto, pero universalizada en la mente, no como mera creación de ésta sino con fundamento *in re*, y nos da así la síntesis del realismo moderado.

Otra perniciosa consecuencia práctica del error de los realistas absolutos, en la ciencia social y política, señala Carrel, que constituye nueva prueba de la importancia práctica que tenía la controversia sobre los universales; a saber, el triunfo de la niveladora democracia igualitaria, que, empeñada en no ver en los hombres más que seres humanos, se apresuró a deducir de su igualdad esencial su igualdad individual; y procedió, impávida, a nivelarlos a todos, con el resultado inevitable del predominio de los peores mediante el rebajamiento a su nivel de los mejores, ya que era de todo punto imposible, porque natura no da eso, subir hasta el nivel de los superiores el bajo nivel de los inferiores.

Bien pudo añadir el biólogo fascista que en el mismo vicio han incurrido los forjadores de la teoría del fascio, que, como buenos realistas absolutos, no vieron en el hombre más que la esencia genérica y absorbieron en el Estado a la persona individual; error tremendo que también le es imputable a Marx, en quien se dió el contrasentido de que para salvar a la persona individual y sus derechos, sacrificó a esa misma persona que se proponía salvar, cuyo concepto, valor y significación desaparecen (*aunque sólo por razón de necesidad temporal, es verdad, y no definitivamente, en la concepción comunista*), en el ser y la función universal de la humanidad. En la concepción fascista, en cambio desaparecen definitivamente y sin remedio, porque en ella el individuo es para el Estado, y su personalidad real nada significa, cosa completamente destructiva de los ideales de Marx.

No dudéis, amigos míos, que ese error realista absoluto es el principio, la piedra metafísica angular, de donde procede y en que descansa, el moderno Estado totalitario, y que la que acabo de indicar sobre lo temporal y lo definitivo del concepto del hombre en cada una de las indicadas teorías es la última diferencia entre esas dos filosofías de la vida.

Para que veáis las consecuencias prácticas del error nominalista en los dominios teológicos, permitidme añadir que la herejía nestoriana, por ejemplo, consideraba al Verbo de Dios como Cristo e Hijo; nombraba al hombre Cristo e Hijo y afirmaba la unidad de

las dos personas en Cristo, mas sólo nominalmente: un Hijo, un Cristo, por el honor, la dignidad, la adoración, la unión moral. Pero negó la unidad real de la persona divina y la humana, la unidad del Verbo de Dios subsistente en carne animada, es decir, en una sola persona y subsistencia real divino-humana; lo que es lisa y llanamente negar la hipóstásis que en Cristo constituye en un solo ser y una sola persona a la naturaleza divina y la humana, y destruir el dogma de la Encarnación. Por eso afirmaba Nestorio que María era madre de Cristo, no madre de Dios.

Por el nominalismo vino al mundo moderno, al través de Gabriel Biel, la exégesis naturalista de la Escuela de Tubinga, cuyas conclusiones jamás hubiera suscrito el padre Varela. Mantúvose éste en la más rigurosa ortodoxia, *porque fué un nominalista inconsecuente*, porque por la virtud del otro y más vital elemento de su complejo filosófico, que le mantuvo en terreno firme, no aplicó al dogma la tesis nominalista, como lo hizo, *verbi gratia*, Roscelino, que, aplicándola a la Trinidad, no vaciló en negar la unidad de esencia en las divinas personas y en aseverar que son tres esencias o substancias distintas en unidad de voluntad y poder, con lo que negó el dogma de la Trinidad según el cual ésta es de personas en unidad de substancia o esencia, no meramente de voluntad y poder.

Queda manifiesto que nada tenía de inútil, sino al contrario, la célebre controversia acerca de los universales. Grande era su importancia en la época en que se desenvolvió, a partir del descubrimiento de la *Introducción* de Porfirio, y grande lo es hoy y lo será siempre, porque ni ésta ni ninguna otra de las grandes cuestiones metafísicas pierde su realidad y deja de producir todas sus consecuencias en la vida sólo porque a entendimientos mediocres, superficiales, empíricos, afilosóficos, incapaces de penetrar en sus profundidades, pero empeñados, ello no obstante, en meterse a filósofos, se les antoje negar o desconocer su realidad y su importancia práctica por la única razón de que ellos carecen de perspicacia para concebir y penetrar cosas tan hondas.

VII.

EXPLICACIÓN DEL ERROR SENSISTA DEL PADRE VARELA.

De manera que hay en el pensamiento filosófico del padre

Varela dos elementos antagónicos, radicalmente incompatibles entre sí. Uno, su gnoseología sensista, que es falsa, y que en manera alguna se compagina con el otro, que es el sano, y que está integrado por las tesis que él aceptó de la psicología, la metafísica y la moral de los grandes escolásticos de la edad de oro y de los Padres de la Iglesia, y por los presupuestos epistemológicos de esas grandes tesis, que salvan esa parte de su filosofía y con ella la indudable ortodoxia de su pensamiento teológico.

Hasta donde yo he podido averiguar el punto, el sensismo en él quedó encerrado en la epistemología y en la región teórica de una opinión académica y enervado en su acción deletérea por las tesis metafísicas que él aceptó de la escolástica aun después de haber negado algunas; y en ningún momento *—repito que por una feliz inconsecuencia y debido al imperio incontrastable con que actuaba en él este otro elemento de su pensamiento—* lo llevó a ninguna de las consecuencias prácticas que puede producir en la esfera moral, social y religiosa, como os lo acabo de mostrar, la aplicación a esos dominios de esa falsísima y perniciosísima teoría gnoseológica.

En la necesidad de darme alguna explicación del fenómeno de que un hombre de tan clara inteligencia haya abrazado la burda gnoseología sensista, me parece encontrarla en la situación intelectual de la época y de su país, que no le permitió examinar a fondo el problema ni, por consiguiente, formarse idea de su trascendencia y de la necesidad de aquilatar sus ápices.

Era urgente reaccionar contra la turba pseudo-escolástica, que aferrada a sus razonamientos mecánicos, sus vanas disputas y demás estupideces, impedía los vuelos de las ciencias y el mejoramiento intelectual, moral y material del individuo y de la sociedad; y, con daño enorme para todos los órdenes de la cultura, desprestigiaba a la "amable filosofía" y a "la santa religión", que así perdían su autoridad y sus títulos a la veneración de los hombres.

Por eso, amigos míos, porque es un error crasísimo la idea de que fué un adversario declarado de toda escolástica; porque su ideología sensista no influyó absolutamente nada en su conducta moral, ni en sus convicciones teológicas, y quedó relegada a la condición de una mera opinión académica sin trascendencia alguna

al orden moral y dogmático—reitero una vez más que por una feliz inconsecuencia debida a la eficacia con que lo protegían contra ese veneno sus convicciones escolásticas ínsitas en el subconsciente—; porque fué el escolástico de buena ley que en su fondo había, en el pensamiento cardinal de la escuela, en las tesis psicológicas y morales, y en algunas metafísicas, quien le salvó de caer en todas las lógicas consecuencias prácticas del error sensista; por todo eso, amigos míos, puede afirmarse terminantemente que no dedujo en el terreno moral y teológico ni una sola de las consecuencias heterodoxas contenidas potencialmente en la gnoseología sensista y deducibles de ella; y, por consiguiente, que ésta no afectó poco ni mucho a la irreprochable ortodoxia de su teología apologética, dogmática, moral y ascética.

VIII.

BREVES INDICACIONES SOBRE LAS MANIFESTACIONES DE LA IDEA TEOLÓGICA EN LA PERSONALIDAD DEL PADRE FELIX VARELA.

Situado ya de modo más directo en la entraña del tema objeto de mi disertación, haré para terminar, una somera indicación de las manifestaciones de la idea teológica en la personalidad del padre Varela.

Nada he podido encontrar en las obras que la bondad de mis citados amigos me ha permitido consultar, a saber, las *Lecciones de Filosofía*, la *Miscelánea filosófica* y los dos tomitos de las notabilísimas *Cartas a Elpidio*, que no corrobore lo que os vengo diciendo y que permita la menor inferencia de que opinó y sintió en el sentido de lo que hoy se llama herejía modernista; porque jamás aplicó, ni directa ni indirectamente, a la moral, al dogma y a la religión los gérmenes ideológicos del modernismo que pudieran deducirse, por ilación próxima o remota, de la teoría gnoseológica que profesó.

Nada hay en él tampoco que implique que aplicó a las disciplinas morales y dogmáticas un sentido kantiano. Puede afirmarse con absoluta seguridad que jamás pasó por su mente la idea de acomodar el dogma a la filosofía de Kant. Nada hay en él que indique que radicó la religión en la sensibilidad y la emotividad y

que no consideró al cristianismo como una religión absoluta y la única verdadera; o que reputó a los dogmas, no como la expresión de verdades objetivas, sobrenaturales, reveladas, absolutas y ciertas, sino como meros símbolos de cosas incomprensibles, y a la revelación como un simple fenómeno, tendiendo así a borrar la distinción objetiva entre el orden natural y el sobrenatural. Nada que permita sospechar que pensó que la ciencia y la fe *non continguntur*, siendo en esa virtud posible a una persona el confesar como creyente la verdad de un dogma que como filósofo o historiógrafo está en el deber de negar. Nada que arguya el deber de someter la fe a lo que llaman progresos de la razón; que sugiera que para él los sacramentos no confieren gracia, ni tienen otro origen que la emoción religiosa, ni otro fin que el de provocarla por medio del símbolo; o que autorice la afirmación de que en su pensamiento la inspiración de la Sagrada Escritura ha de entenderse como un puro deseo, ínsito en el fiel, de expresar su fe por medio de la palabra; o que la Iglesia es el resultado de la política humana para el cultivo de los sentimientos religiosos, y que ella debe estar sometida al Estado en todo lo que se relacione con las manifestaciones exteriores de la vida. Nada, en fin, que induzca a pensar que para él se impone la reforma de la Iglesia de acuerdo con las opiniones de la filosofía de la época y que deben seguirse los principios de lo que más tarde se denominó americanismo.

Originóse este movimiento en el catolicismo norteamericano y conducía derechamente al laicismo y a la sumisión de la Iglesia y de los intereses sobrenaturales al poder civil. Después de la publicación de la *Vida del Padre Hecker* afectó a la piedad con su división de las virtudes en activas y pasivas y su doctrina de que las segundas corresponden al pasado y las primeras a nuestra época. Según yo lo veo, imbuía de espíritu fáustico al catolicismo, excluyendo de él como una antigualla la vida contemplativa, que es parte y culminación de su esencia.

Para Kant el Ente Supremo es un postulado de la razón práctica cuya existencia la razón teórica no puede demostrar. Varela sabe que la razón no puede escindirse de ese modo, y desechando la prueba ontológica de San Anselmo (pensamiento seductor y profundo, pero que nada prueba) que de la idea real, innata, de Dios deduce su existencia, el sacerdote cubano no deduce sino que

induce la existencia de Dios partiendo de la existencia del mundo, del orden de éste y de su gobierno. Llévale este proceso inductivo a la necesidad de admitir la causa primera. Si bien se mira, son las mismas pruebas que llaman vías de Santo Tomás. De la existencia de Dios deduce el padre Varela la religión natural, que debe ser una sola, indispensable al hombre para su felicidad mediante el tributo de adoración rendido a su Creador, misericordioso y justo, vengador del crimen y recompensador de la virtud. Dedúcese de sus palabras, en muchos lugares, la explicación de la historia por el gran dogma de la caída y de la redención. Afirma reiterada y terminantemente la divinidad de Jesucristo y de la Iglesia Católica. Encuentra necesaria la revelación, y muy conforme con la naturaleza de Dios y del hombre; y por la necesidad racional de admitir la revelación llega a la de admitir asimismo la verdad del milagro y la profecía. De estas bases, y de pruebas sacadas de la santidad de la vida de Cristo, de las afirmaciones de éste, de la pureza de su doctrina, de la forma de su propagación, de los efectos que obran cuando se la practica lealmente, y de su permanencia, deduce Varela que la religión cristiana es divina y la única verdadera, establecido lo cual refuta las objeciones de los impugnantes con una maestría que produce admiración.

No dejó el padre Varela un tratado dogmático ni una teología apologética. Pero todas sus obras, excepto en aquellos lugares en que se ocupa exclusivamente de las cuestiones dialécticas y físicas, y de la impugnación de los escolásticos decadentes, están impregnadas de sus ideas teológicas fundamentales; y no hay dogma, ni rama de la ciencia teológica, cuyas esencias no se encuentren profesadas, explicadas y defendidas con extraordinaria brillantez en sus escritos.

Las *Cartas a Elpidio*, lo mejor que escribió y lo único de él que tiene importancia y valor perdurable, son una verdadera y magistral apología del cristianismo desde el punto de vista de la moral pública y privada, de la cultura y de la civilización. Quien quiera conocer al verdadero padre Varela no debe buscarlo en otra parte, porque es ahí, en esos preciosos tomitos —y únicamente ahí—, donde se encuentran, vivos, enteros y magníficos, su alma pulquérrima, su gran entendimiento, su noble, su nobilísimo corazón, su persona integral. Las *Cartas a Elpidio* son su testamento.

Ellas son su obra cumbre, definitiva y magistral. Ese es el tesoro que, con los heroicos ejemplos de su santa vida, nos legó. Tesoro inapreciable, indestructible, porque es tesoro espiritual sacado de las canteras eternas de las enseñanzas de Jesucristo. Eso es lo que necesita el mundo actual. Eso lo único que puede salvar a Cuba. Cuba necesita sobre todo, amigos míos, constantes, renovadoras, refrigerantes corrientes de alta espiritualidad, si ha de salir del hondo y general escepticismo, venero inagotable de desdichas, en que la tiene sumida el feroz materialismo imperante, consecuencia lógica del sentido positivista de la vida que venimos practicando. Poned las *Cartas a Elpidio* en manos de todos los cubanos. Ese libro puede contribuir poderosamente a la renovación que urge efectuar si el pueblo se penetra bien de él y vive sus trascendentales enseñanzas. Leedlo, releedlo, meditadlo. No lo dejéis de las manos, porque ese es el libro del pueblo. Ponedlo en sus manos. Son las clases directoras, no el pueblo, quiénes tienen la culpa de nuestras desventuras.

Las verdades de la teodicea, de la teología moral, de la apologética, de la dogmática, de la ascética campean en esos documentos admirables, iluminando a los itinerantes desorientados los senderos de la vida. Ahí están expuestos la filosofía del mal y del dolor, los motivos de esperanza y los caminos a seguir; las funestas consecuencias individuales y sociales de la irreligiosidad, la superstición y el fanatismo y la necesidad de asirse a Cristo, al auténtico Cristo, al Cristo del Evangelio, de la verdadera Iglesia, de los Santos Padres y de los demás santos y los sabios cristianos, *no al Cristo que han falsificado en el curso de la historia eclesiásticos y seglares desalumbrados o perversos, con gran daño de la Iglesia y de la sociedad, del estado eclesiástico y de la religión.* Trata el padre Varela en las *Cartas* con soberano acierto el punto de las relaciones entre el entendimiento y el corazón, entre la ciencia y la fe y entre la convicción religiosa y la conducta moral, así como el que se refiere a la naturaleza de la Iglesia en lo que constituye su alma y al sentido de la regla de que fuera de aquélla no hay salvación. Resaltan con espléndido relieve en esos hermosísimos documentos apologéticos y morales las magnificencias y las profundidades del dogma: Dios, la Trinidad, la Creación, la Encarnación, la Redención, la Providencia, los Misterios, el fin del hombre, los actos, las virtudes, los deberes, la gracia, los sacramentos, la vida eterna, la

Iglesia, las lecciones de la filosofía de la historia, todo lo que eleva y consuela, y sostiene y da seguridad al hombre, y lo hace grande e invencible, todo está ahí, tratado por la pluma prócer de un gran espíritu que hizo de su fe obsequio racional; que sabe, que siente que hay verdades que están sobre la razón, pero que ninguna verdad sobrenatural puede ser contraria a la razón si ésta es de veras ilustrada y está de buena fe y libre de prejuicios; que afirma que nada es más temible que un ignorante con pretensiones de entendido en materia religiosa y que es oprobiar a las ciencias naturales el decir que ellas conducen a la incredulidad, porque, como él dice, la Verdad está en lo alto; es una, eterna, inmutable, santa y poderosa, origen de la paz y fuente de consuelo, y habita en el seno del Sér infinito. Es el mismo pensamiento que leemos en los *Ensayos* de Lord Bacon de Verulamio: *God never wrought a miracle to convince atheism,* dice el sabio inglés, *because His ordinary works convince it*; y añade: *A little philosophy inclines man's mind to atheism; but depth in philosophy brings men's minds about to religion.*

Estudiad la ideología social y política que anda dispersa en esas preciosas *Cartas a Elpidio*, y veréis que tampoco en esto fué antiescolástico, porque él creyó que toda autoridad viene de Dios, que la autoridad suprema civil (es decir la autoridad política, no la religiosa), reside en el pueblo, y que los gobernantes la tienen por delegación y exclusivamente para el bien común. Esa es, justamente, la doctrina de Santo Tomás y de los grandes escolásticos tomistas acerca del sujeto de la autoridad civil, lo cual no quiere decir, naturalmente, que hayan profesado la doctrina del pacto social en el sentido rousseauniano, porque ellos, como Varela, derivan la sociedad y la autoridad social de Dios al través de la Naturaleza y de la ley moral de que es Autor. Veréis que el padre Varela fué un gran liberal y un gran demócrata; demócrata y liberal en el sentido cristiano, en el sentido auténtico, de estas palabras, porque defendió resueltamente la personalidad humana y el ejercicio libre de todos sus derechos sin más limitaciones que las impuestas por la ley moral a la autonomía de la voluntad, y, en materias dogmáticas, por la necesidad de mantener incólume contra los errores, los intereses o la perversidad de la razón individual el sagrado depósito de la fe confiado a la Iglesia.

Este es, amigos míos, no lo dudéis, el verdadero, el único pa-

dre Varela. La dogmática católica colmó en él, como en tantos y tantos hombres insignes por la excelsitud de sus prendas de entendimiento y corazón, la sed de verdad absoluta, bien absoluto y belleza absoluta que abrasaba su alma, la necesidad de unión inteligente y profunda por él sentida con la causa del sér y principio de la vida. El secreto de su magnífica personalidad está encerrado en la profundidad y la fuerza de sus convicciones teológicas, que iluminaron la parte sana y predominante de su pensamiento filosófico, que descansa, hay que repetirlo mucho, en las grandes tesis escolásticas de la psicología, y en las metafísicas que también aceptó, y están presupuestas en él. De ahí procede su grandeza. Acudió a la fuente de la luz y de la vida. Mantuvo firmemente su nexo con lo sobrenatural, con la causa primera y final de todo lo que existe, con la Verdad Suprema y con el Bien Supremo. Amó a Dios con amor acendrado, y a todos los hombres en Dios, y caminó por sus vías. Por eso fué invencible. Porque el hombre que camina en las vías de Dios es invencible.

Ahí, en el teólogo ortodoxo, está el secreto de su personalidad intelectual, moral, política y religiosa. Estudiadlo ahí. Creedme, amigos míos, ahí tenéis una inagotable cantera inexplotada para el estudio de la personalidad de este hombre insigne. No lo sigáis buscando en el sensista *per accidens*, empírico, inconsecuente y contradictorio, que en la necesidad de reaccionar contra las torpezas de los filosofastros de una escolástica degenerada, aceptó, sin detenerse a examinar su valor, la criteriología baladí de pensadores de cuarto orden, que profanaron la Filosofía y en quienes se formaron esos filósofos y filosofastros impíos contra quienes constantemente arremete. Porque él hubiera desdeñado el sensismo, no lo dudéis, si se hubiera detenido a ver qué era, y qué podía dar de sí semejante criteriología. Como lo vió Kant lo hubiera visto él, si, como Kant, la hubiera examinado. Los resultados negativos de la crítica kantiana no enervan el valor de este argumento. Buscad siempre, amigos míos, al padre Varela con el entendimiento, el corazón y la voluntad tendiendo a lo grande, lo bueno y lo bello sin límites. Buscadlo en el noble espíritu que comprendió y sostuvo la armonía entre la razón, la ciencia y la fe, porque en él hasta el físico procede del teólogo. Buscadlo en el vidente que desplomado en su lecho de enfermo se incorpora, mediante un esfuerzo supremo de la voluntad, al acercarse el Viático.

y mirando al sacramento con mirada de amor infinito, exclama con rostro transfigurado y acento conmovido:

Tengo hecha una promesa y debo cumplirla. Protesto ante Dios y los hombres que he creído siempre, y creo firmemente, que en esa hostia están el mismo cuerpo y el espíritu de Jesucristo.

La Eucaristía, amigos míos, ese sacramento augusto cuya realidad es imposible hasta para la misma omnipotencia divina sin la realidad ontológica de la substancia; Jesucristo, amigos que me escucháis, el espíritu de Jesucristo, la práctica de las virtudes cristianas enseñadas por Jesucristo, eso fué lo que hizo de Varela lo que Varela fué, y no las verdades de una ciencia presuntuosa e impotente. He ahí lo que necesitamos y lo que únicamente puede ralvar al mundo que se precipita de nuevo en la barbarie porque, sepudiando a Jesucristo, ha roto el vínculo de oro que lo mantenía incorporado al Sér.

Indice

HOJA DE FECHA DE DEVOLUCION

6366	2.3.6f	12/3/90	03
12468	3.6.7	13/4/90	03
15374	2.3.4b	23-12-91	03
s/r		21/9/2011	03

12/2/18 03

12/10/28 03

s/n. 28/11/13

2722 14/10/13

ESCUDERO Feb/2017 Nuri

11.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—II. Miguel Aldama, o la dignidad patriótica, por **Joaquín Llaverías**; Lorenzo Meléndez, *o el negro en la educación cubana*, por **Salvador García Agüero**; Antonio Bachiller y Morales, el padre de la bibliografía cubana, por **Fermín Peraza y Sarausa**; Felipe Poey, el máximo naturalista de Hispanoamérica, por **Mario Sánchez Roig**; Muerte y exequias de Martí, por **Gerardo Castellanos G.**

12.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—II.

13.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—III. José Silverio Jorrín o la timidez política, por **Elías Entralgo**; Angustia y evasión de Julián del Casal, por **José A. Portuondo**; Vicente Escobar, uno de los precursores de la pintura en Cuba, por **Evelio Govantes**; Félix Varela, "el primero que nos enseñó a pensar", por **Roberto Agramonte.**

14.—Curso de Introducción a la Historia de Cuba.—III.

15.—Conferencias de Historia Habanera.—1ª serie: Habaneros Ilustres.—IV. Antonio Medina, el Don Pepe de la raza de color, por **Angelina Edreira de Caballero**; Juana Borrero, la adolescente atormentada, por **Angel I. Augier**; José Manuel Mestre. La Filosofía en La Habana, por **Carlos Rafael Rodríguez**; Arango y Parreño. Ensayo de interpretación de la realidad económica de Cuba, por **Enrique Gay-Calbó.**

16.—Heredia en La Habana, por **Francisco González del Valle.**

17.—Hostos, apóstol de la independencia y de la libertad de Cuba y Puerto Rico, por **Emilio Roig de Leuchsenring.**

18.—Morales Lemus y la Revolución de Cuba, por **Enrique Piñeyro.** (Con un estudio preliminar por **Enrique Gay-Calbó**).

19.—La Revolución de Martí, 24 de febrero de 1895. (Con notas para un ensayo biográfico-interpretativo por **Emilio Roig de Leuchsenring**).

20.—El sesquicentenario del Papel Periódico de la Havana. 1790-1940.

21.—Homenaje al ilustre habanero Nicolás José Gutiérrez en el cincuentenario de su muerte. (1890-1940).

22.—Homenaje a Martí en el cincuentenario de la fundación del Partido Revolucionario Cubano. 1892-1942.

23.—Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia. 1.—Colonialismo, por **Enrique Gay-Calbó**; Reformismo, por **Miguel Jorrín**; Anexionismo, por **Herminio Portell Vilá**; Autonomismo, por **Mario Guiral Moreno.**

24.—Los grandes movimientos políticos cubanos en la colonia. 2.—Independentismo. I.—Movimientos anteriores a 1868, por **Manuel Bisbé**. II.—De 1868 a 1901, por **Emilio Roig de Leuchsenring.**

25.—Vida y Pensamiento de Félix Varela. I.—Varela, más que humano, por **Francisco G. del Valle**; Valoración filosófica de Varela, por **Miguel Jorrín**; Posición filosófica de Varela, por **Antonio Hernández Travieso.**

26.—Vida y Pensamiento de Félix Varela. II.—Significación literaria de Varela, por **José Antonio Portuondo**; Varela pedagogo, por **Diego González**; Varela revolucionario, por **Enrique Gay-Calbó.**

Las publicaciones de esta Oficina no se venden; se reparten gratuitamente por la Administración Municipal de La Habana a las personas que las solicitaren por escrito del Historiador de la Ciudad.

OFICINA DEL HISTORIADOR DE LA CIUDAD

SECCIONES

Archivo Histórico Municipal.

Libros de Actas Capitulares desde 1550.

Biblioteca Histórica Cubana y Americana.

200,000 volúmenes, propiedad de los miembros de la Sociedad Cubana de Estudios Históricos e Internacionales.

Museo de la Ciudad de La Habana.

(ABIERTOS AL PUBLICO DE 8.30 A. M. A 12.30 P. M.)

Publicaciones:

Actas Capitulares del Ayuntamiento de La Habana.

Historia de La Habana.

Cuadernos de Historia Habanera.

Colección Histórica Cubana y Americana.

PALACIO MUNICIPAL

LA HABANA

CARDENAS Y CIA. - AVE. DE BELGICA 568 - HABANA